

LAS BRUJAS DE SALEM

de Arthur Miller

Adaptación de Fernando Sánchez Calvo

MARIBELINOS PRODUCTIONS

PERSONAJES

1. Títuba
2. Mercy Lewis
3. Mary Warren
4. Abigail Williams
5. Betty Parris
6. Joana Preston
7. Hannah Brown
8. Susanna Walcott
9. Ruth Putnam
10. Debra Flint
- Reverendo Parris 1.
- Doctor Griggs 2.
10. Ann Putnam
- Thomas Putnam 3.
- John Proctor 4.
11. Rebecca Nurse
- Giles Corey 5.
- El Reverendo John Hale 6.
12. Elizabeth Proctor
13. Sara Good
- Francis Nurse 7.
- Ezekiel Cheever 2.
- El Alguacil Herrick 8.
- El Juez Hathorne 9.
14. Martha Corey
- El vicegobernador, Danforth 10.

Bosque. La niebla lo envuelve todo. Un grupo de chicas irrumpen en el claro. Son adolescentes que, empujadas por una fuerza primitiva, buscan una liberación encarnada en Títuba, esclava procedente de las islas Barbados, acucillada junto a una olla de agua hirviendo.

TÍTUBA: ¿Qué me traéis?

Las chicas ofrecen hierbas, alubias. Ruth Putnam arroja una rana a la marmita. Abigail entrega un gallo a Títuba, que lo agita por encima del grupo. Comienza una danza alrededor de la marmita.

MERCY LEWIS: ¡Haz un conjuro para mí, Títuba! ¡Consigue que Joseph Baker me quiera!

Muchas ríen y se animan.

JOANNA PRESTON: ¡Títuba! Consigue que Daniel Borrowes me quiera!

HANNAH BROWN: ¡Por favor, Títuba! Quiero que Dylan Harps me desee.

SUSANA WALCOTT: Haz que Jonathan Brooks me quiera!

DEBRA FLINT: Haz que Oliver Hamptom me ame siempre.

Todas entran en una histeria colectiva menos Betty Parris y Ruth Putnam, menores que las demás. Mary Warren desea entrar en la danza pero no se atreve y observa. Abigail contempla al gallo con mirada vacía.

JOANA PRESTON: ¡Abby! ¿A quién quieres tú?

HANNAH BROWN: ¡Quiere a John Proctor!

SUSANA WALCOTT: ¡Le gustan maduros!

DEBRA FLINT: ¡Y casados!

JOANNA PRESTON: Consíguele de nuevo a John Proctor, Títuba.

Abigail susurra al oído de Títuba.

TÍTUBA: No, Abby. Eso no está bien.

Abigail se apodera del gallo, lo golpea contra la marmita, recoge la sangre con la mano y bebe.

TÍTUBA: ¡NO! ¡Abby! ¡No!

Abigail da un alarido, mientras Mercy Lewis y otras muchachas se arrancan la ropa y bailan desnudas. De repente, todas miran hacia los árboles y gritan.

TODAS: ¡El reverendo Parris!

Aparece el reverendo Parris a lo lejos. Todas las chicas se visten y escapan. Todas menos Betty Parris, quien grita aterrorizada mientras Abigail intenta llevársela sin éxito.

BETTY: ¡Papá!

ABIGAIL: ¡Vamos, corre! ¡Nos va a ver!

BETTY: ¡No puedo moverme! ¡Ayúdame, Abby, por favor! ¡Abby!

Parris se acerca y descubre con horror el aquelarre, la olla, los restos que hay a su alrededor: hierbas, gallo, rana. También el vestido de una de las chicas.

Un pequeño dormitorio en el piso alto de la casa del reverendo Samuel Parris, en Salem, Massachusetts, en la primavera del año 1692. Aún arde una vela cerca de la cama. El reverendo Parris reza arrodillado junto al lecho, en el que yace, inmóvil, su hija Betty, de diez años. Abigail y Susana permanecen detrás. El doctor Griss ausculta el pecho de Betty. Se abre la puerta y entra su esclava.

TÍTUBA: ¿Mi Betty, se pondrá bien pronto?

PARRIS: ¡Fuera de aquí!

TÍTUBA: Mi Betty no se va a morir.

PARRIS: ¡Fuera de mi vista! (*Títuba sale*) ¡Dios mío, ayúdame! Betty: ¿por qué no abres los ojos? ¿Qué dice usted, doctor Griggs?

DOCTOR GRISS: Reverendo, no encuentro ninguna razón científica y no creo que entre mis libros pueda encontrar la medicina adecuada. Quizás la causa del mal de Betty no sea (*con sorna*)... natural.

PARRIS: Nada de causas antinaturales. He llamado al reverendo Hale, de Beverly.

DR GRISS: Si usted lo cree conveniente... Susana, corre y di a la señora que llegaré pronto a comer.

SUSANNA: Sí, señor. (*Sale.*)

DOCTOR GRISS: (*recogiendo sus bártulos*) ¡Y no se te ocurra contar nada de esto en el pueblo!

ABIGAIL: Tío, abajo, en el salón, corre el rumor de que es brujería. Será mejor que usted lo desmienta.

PARRIS: ¿Y qué digo? ¿Que descubrí a mi hija y a mi sobrina bailando en el bosque como herejes?

ABIGAIL: Es cierto que bailamos, tío. Si tengo que ser azotada, que así sea. Pero la gente, allí abajo, habla de brujería y Betty no está hechizada.

PARRIS: Abigail, no puedo presentarme ante mis feligreses si no te sinceras conmigo. ¿Qué hicisteis en el bosque?

DOCTOR GRISS: Si se me permite dar mi opinión, bailaron. Y cuando usted apareció de repente en el bosque, Betty se asustó y se desmayó. Si me permiten... Hoy mi mujer hizo liebre para comer. (*Sale*)

PARRIS: ¿Entonces por qué no puede moverse? Abigail: sabes que tengo muchos enemigos.

ABIGAIL: Lo sé, tío, pero nosotras no invocamos a ningún espíritu si es lo que estás pensando.

PARRIS: Hay un bando que ha jurado arrojarme de mi púlpito.

ABIGAIL: Sólo estábamos jugando, tío.

PARRIS (*señalando a Betty*): ¿A esto le llamas jugar? Abigail, vi cómo Títuba agitaba sus brazos, chillaba y decía cosas ininteligibles. ¡Se movía como una bestia alrededor de aquel fuego!

ABIGAIL: Siempre canta sus cantos de Barbados, y nosotras bailamos.

PARRIS: Vi un vestido tirado sobre la hierba.

ABIGAIL: ¿Un vestido?

PARRIS: Un vestido. ¡Y me pareció ver a una muchacha corriendo desnuda entre los árboles!

ABIGAIL: ¡Nadie estaba desnudo!

PARRIS: ¡Yo lo vi! Abigail, he luchado durante tres largos años para que esta gente testaruda se me someta y ahora, justamente ahora cuando la parroquia comienza a dar señales de algún respeto hacia mí, tú comprometes nada menos que mi reputación. Te he dado un hogar, criatura, te he cubierto de ropas...;

dame ahora una respuesta sincera: ¿tu nombre está libre de toda mancha?

ABIGAIL No tengo nada de qué avergonzarme.

PARRIS: Entonces, ¿por qué la señora Proctor te ha despedido? Dicen que este año no está viniendo a la iglesia porque no quiere sentarse al lado de una muchacha tan impura como tú.

ABIGAIL: Me odia porque no quiero ser su esclava. Es una mujer histérica. Una lunática.

PARRIS: En todo este tiempo ninguna otra familia ha solicitado tus servicios.

ABIGAIL: Si quieren esclavas que vayan a buscarlas a Barbados. No permitiré que nadie manche mi reputación. ¡La señora Proctor miente más que habla!

3

ANN: ¡Señor Parris! Es asombroso. No cabe duda de que estamos ante un ataque del infierno dirigido contra usted. (*aludiendo a Betty*) ¿Hasta qué altura voló?

PARRIS: No, escuche: mi hija no ha volado.

ANN: ¡Ya lo creo que voló! ¡El señor Collins la vio pasar sobre el granero de Ingersoll, y descender con la ligereza de un pájaro. Eso es lo que cuenta. (*Entra el señor Putnam*)

PUTNAM: ¡Es una suerte que la cosa se haya descubierto, por fin! ¡Es providencial!

PARRIS: ¿Qué se ha descubierto?

PUTNAM: ¡Pero *sus* ojos están cerrados! ¿Te has fijado, Ann?

ANN: Sí que es extraño. (*A Parris*): Los de la nuestra están abiertos. (*Foco sobre Ruth*)

PARRIS: ¿Ruth está enferma?

ANN: No se despertó esta mañana, pero sus ojos están abiertos y camina. Ni oye, ni ve, ni come. Le han robado el alma, no cabe duda.

PUTNAM: Dicen que ha llamado usted al reverendo Hale, de Beverly...

PARRIS (*arrepentido*) Es sólo por precaución. Posee gran experiencia en todas las artes demoníacas.

ANN: Ya lo creo: el año pasado encontró una bruja en Beverly.

PARRIS: Vamos, señora Ann, sólo opinaron que se trataba de una bruja, pero no podemos asegurarlo.

ANN: Reverendo Parris, enterré sin bautizar a siete hijas recién nacidas. Créame, señor, si le digo que no ha visto usted nunca bebés más sanos y fuertes. Y sin embargo, cada una de ellas estaba destinada a marchitarse en mis brazos la misma noche de su nacimiento. Nunca dije nada a nadie, pero, ahora, este año, mi Ruth, mi única hija..., la he visto convertirse en una extraña y taciturna criatura y se está encogiendo como si una boca sedienta le estuviese chupando la vida. Entonces pensé en su Títuba...

PARRIS: ¿Títuba?

ANN: Títuba sabe cómo hablar a los muertos, señor Parris.

PARRIS: ¡Señora Ann..., invocar a los muertos es un pecado horrible!

ANN: Ella podría decirnos con certeza el nombre del asesino de mis hijas.

PARRIS ¿Pero qué está diciendo, mujer?

ANN: ¡Fueron asesinadas, señor Parris! ¡Y tome nota de esta prueba! Anoche, mi Ruth estuvo más cerca que nunca de las almitas de sus hermanas; lo sé, señor. ¿Por qué entonces ha enmudecido mi Ruth? Porque algún poder de las tinieblas le ha sellado la boca.

PUTNAM: ¿No lo comprende, señor Parris? Entre nosotros hay una bruja asesina, decidida a mantenerse en las sombras (*Parris se vuelve hacia Betty*). Sé que está preocupado por lo que piensen sus enemigos, pero usted no puede ignorar esto.

PARRIS (a *Abigail*): Entonces, invocabais espíritus anoche.

ABIGAIL: Yo no, señor...Fueron Títuba y Ruth.

PARRIS: Así me pagas mi generosidad, Abigail. Ahora estoy perdido.

PUTNAM: No está perdido. No espere a que nadie le acuse. Declárelo usted mismo. Diga que ha descubierto prácticas de brujería.

(*Entra Mercy Lewis, la sirvienta de los Putnam, junto al resto de chicas que bailaron en el bosque*)

MERCY: Disculpen. Sólo queríamos saber cómo está Betty.

PUTNAM: ¿Por qué no estás en casa? ¿Quién está con Ruth?

MERCY: Ha llegado su abuela. Mejoró algo, creo... Estornudó con mucha fuerza hace un rato.

ANN: ¡Eso es un signo de vida!

HANNAH: Yo ya no temería, señora Putnam. Fue un estornudo tan fuerte que le ha devuelto el sentido.

PARRIS: ¿Podrían dejarme a solas, Thomas? Quisiera rezar un rato.

ABIGAIL: Ha rezado usted durante toda la noche, tío. Baje usted. El salón está lleno de gente.

PARRIS: No tengo respuesta para mis feligreses. Esperaré hasta que llegue Hale.

PUTNAM: ¡Señor, láncese contra el Diablo y rece con su pueblo! Están sedientos de su palabra.

PARRIS: Entonaremos juntos un salmo, pero no diremos aún nada de brujería.

ANN: Mercy, vete a casa a ver cómo está Ruth, ¿me oyes?

MERCY: Sí, señora. Ahora mismo. (*Sale Ann Putnam.*)

PARRIS (*saliendo, a Abigail*): Si intenta tirarse por la ventana, llámame.

(*Rezos de adultos en el patio de butacas*)

ABIGAIL: ¡Betty! (*Betty no se mueve. La sacude*): ¡Betty! ¡Levántate!

MERCY: ¿Probaste a golpearla? Yo le di a Ruth una buena zurra y eso la despertó. Déjame a mí.

ABIGAIL: No, mi tío subirá en seguida. Escúchame. Si nos interrogan, decidles que bailábamos.

SUSANNA: De acuerdo. ¿Y qué más?

ABIGAIL: Él sabe que Títuba invocó a las hermanas de Ruth para que salieran de la tumba.

DEBRA: ¿Y qué más?

ABIGAIL: A ti, Mercy, te vio bailar desnuda.

MERCY (*batiendo palmas mientras las demás ríen*): ¡No me digas!

(Entra Mary Warren, sin aliento, angustiada.)

MARY: ¿Qué vamos a hacer? ¡Todo el pueblo habla de brujería! ¡Abby, nos acusarán de brujas!

JOANNA, MERCY Y SUSANA: *(apuntando y mirando a Mary)*: Nos va a delatar.

MARY: Tenemos que confesar, Abby. La brujería se paga con la horca. Por bailar sólo nos azotarán.

DEBRA: Imbécil: puedes estar segura de que nos darán una buena azotaina

MARY: Sabes que yo no hice nada de eso, Abby. Yo sólo miraba.

JOANNA: Para mirar sí que eres valiente, ¿verdad Mary?

(Betty, en la cama, se queja.)

BETTY *(de repente se levanta, asustando a todas)*: ¡Quiero a mi mamá!

ABIGAIL: Betty, ¿qué estás diciendo? Tu mamá está muerta y enterrada.

BETTY: Iré volando a reunirme con mamá. ¡Dejadme volar! *(Extiende los brazos.)*

ABIGAIL *(con la ayuda de todas la aleja de la ventana)*: Le he contado todo a tu padre. Lo sabe todo.

BETTY: Tú bebiste sangre, Abigail, eso no se lo has contado.

ABIGAIL: ¡Betty!, como se te ocurra decir eso delante de tu padre...

BETTY: ¡Lo hiciste! ¡Tomaste un bebedizo para que muriera la mujer de John Proctor!

ABIGAIL *(la abofetea)*: ¡Cállate! ¡Basta ya! Y vosotras: prestad atención todas. Bailamos. Y Títuba invocó a las hermanas de Ruth Putnam. Y eso es todo. Como se os escape una sola palabra sobre lo demás, apareceré en lo más negro de la noche y os ajustaré las cuentas hasta el escalofrío. *(Va hacia Betty)* ¡Vamos, tú... siéntate y acaba con esto! *(Pero Betty se desploma en sus brazos y yace inerte)*.

MARY: ¿Qué le pasa? ¡Abby, se va a morir! ¡Es un pecado invocar a los muertos!

ABIGAIL: ¡Mary Warren, te he dicho que te calles!

(Entra John Proctor.)

MARY: Yo ya me estaba marchando a casa, señor Proctor.

PROCTOR: ¿Eres sorda, Mary Warren? ¿No te dije que te quedaras en casa? ¿Para qué te pago? Tengo que vigilarte más que a mis vacas. ¡Vete a casa; mi mujer no se encuentra bien y tiene tareas para ti!

MERCY: Mejor me voy. Debo atender a Ruth. Buenos días, señor Proctor. Chicas...*(Salen todas.)*

4

PROCTOR: ¿Qué está pasando aquí?

ABIGAIL *(Se lo lleva a una habitación cercana)*: Nada; A Betty, que le ha dado por hacer el tonto.

PROCTOR: Por el camino que hay cerca de mi casa no para de pasar gente camino de Salem. El pueblo entero habla de brujería.

ABIGAIL: Anoche estábamos bailando en el bosque y mi tío nos sorprendió. Ella se asustó. Eso es todo.

PROCTOR: Haciendo travesuras como siempre. (*Abigail deja escapar una risita y se acerca.*) Te colgarán en la horca antes de que cumplas los veinte.

ABIGAIL: Dime algo tierno, anda, John.

PROCTOR: Abby: eso ha terminado.

ABIGAIL : ¿Recorres ocho kilómetros para ver volar a una chica tonta? A mí no me engañas.

PROCTOR : Vengo a ver qué enredo está tramando tu tío. (*Categorico.*) Quítatelo de la cabeza, Abby.

ABIGAIL : John..., me paso las noches esperándote.

PROCTOR: Nunca volveré a buscarte.

ABIGAIL: Te estás burlando de mí.

PROCTOR: Sabes muy bien que no.

ABIGAIL: ¿Sé que me abrazaste por la espalda detrás de tu casa y que sudabas como un semental cada vez que me acercaba. ¿O es que lo he soñado? Fue tu mujer quien me puso de patitas en la calle, no finjas que fuiste tú. Vi la cara que pusiste cuando me echó: me querías entonces y me sigues queriendo ahora.

PROCTOR No te comportes como una niña.

ABIGAIL ¡No soy ninguna niña!

PROCTOR: Puede que piense en ti con cariño de vez en cuando, pero me cortaré una mano antes que volver a tocarte. Bórralo de la mente. Nunca nos hemos tocado, Abby.

ABIGAIL: Sí que lo hemos hecho.

PROCTOR: No es cierto.

ABIGAIL Me sorprende que un hombre tan fuerte permita que una esposa tan débil pueda domarlo.

PROCTOR: ¡No menciones a Elizabeth!

ABIGAIL: ¡Ella está ensuciando mi nombre en el pueblo! ¡Dice mentiras sobre mí!

5

(*Al escucharse el salmo "yendo hacia Jesús", Betty se tapa los oídos y corre hacia la ventana.*)

ABIGAIL: ¡Betty! (*Corre hacia Betty.*)

PROCTOR: ¿Qué está haciendo? ¡Muchacha! ¿Dónde vas? ¡Deja de chillar!

PARRIS: ¿Qué ocurre? ¡Betty! (*Corre y entre todos la llevan a la cama.*)

ABIGAIL: Les ha oído cantar y se ha levantado gritando.

ANN: ¡El salmo, el salmo! ¡No soporta que se pronuncie el nombre del Señor! ¡Se trata de una señal!

(*Entra Rebecca Nurse, de setenta y dos años de edad, de cabellera blanca, apoyándose en su bastón.*)

PARRIS: Rebecca, ayude a mi Betty, estamos perdidos. De repente no soporta oír el nombre del Señor.

(Entra Giles Corey, de ochenta y tres años, guasón, bromeando desde el fondo)

GILES: Tal y como cantan ustedes no me extraña. Yo también me tapanía los oídos.

REBECCA: Aquí hay un enfermo muy grave, Giles Corey, así que haga el favor de estarse callado.

GILES: No he dicho ni una sola palabra. ¿Va a echarse a volar otra vez? Dicen que vuela.

PUTNAM: ¡Cállese, por favor!

(Rebecca cruza la habitación y permanece inmóvil junto a la niña, que poco a poco se tranquiliza.)

ANN: ¿Cómo lo ha hecho?

PARRIS ¿Qué explicación le encuentra, Rebecca?

PUTNAM: Rebecca, por favor: ¿irá a ver a mi Ruth y tratará de despertarla?

REBECCA *(sentada)*: Creo que despertará a su debido tiempo. Cálmense, por favor. Tengo once hijos y veintiséis nietos y los he visto a todos pasar por épocas difíciles; cuando se ponen tontos, agotarían al mismísimo demonio si quisiera seguir de cerca sus travesuras. Creo que Ruth se despertará cuando se canse. El espíritu de un niño es como un niño: nunca se le atrapa corriendo tras él; hay que quedarse quieto y, con un poco de paciencia, muy pronto volverá por su propio pie.

ANN: Rebecca, no se trata de travesuras. Mi Ruth está trastornada. No quiere comer.

REBECCA: Puede que todavía no tenga hambre. *(A Parris.)* Espero que no se os ocurra salir en busca de espíritus errantes, señor Parris. Al menos eso he escuchado en la calle.

PARRIS: En la parroquia se está extendiendo el rumor de que el Diablo puede hallarse entre nosotros y quiero convencerlos de que se equivocan.

GILES: Entonces hable claro y dígales que están equivocados. Así de fácil.

PUTNAM: ¡En el pueblo hay niños muriéndose, caballero!

PROCTOR: ¡Yo no veo morir a ninguno! ¡No existen las brujas!

REBECCA: John, cálmate. Señor Parris, creo que lo mejor será que, tan pronto como venga, mande al reverendo Hale de vuelta a casa. Esto nos va a traer nuevas disputas en la comunidad y habíamos quedado en que este año habría paz. Es peligroso ponerse a buscar espíritus. Es mejor que busquemos la culpa entre nosotros.

PUTNAM: ¿Cómo vamos a tener la culpa nosotros? Soy el séptimo de nueve hermanos; la semilla de los Putnam ha poblado esta región. Y sin embargo, de las ocho hijas que he tenido, sólo me queda una, que está gravemente enferma.

REBECA: Eso no puedo explicarlo yo.

ANN: ¡Pues yo sí puedo explicarlo, Rebecca! ¿Crees que es obra de Dios el que tú jamás hayas perdido a un hijo, ni a un nieto, y que yo en cambio deba enterrar a todas menos a una?

PUTNAM *(a Parris)*: Cuando llegue el reverendo Hale, comiencen a buscar rastros de brujería en esto.

PROCTOR *(a Putnam)*: No puede usted dar órdenes al señor Parris. En esta comunidad el voto es por persona y no por hectárea.

PARRIS: Nunca le había visto tan preocupado por esta comunidad, señor Proctor. No le he visto por la iglesia desde las últimas nevadas.

PROCTOR: Señor Parris. Pocas personas se animan a venir a la iglesia. Usted apenas habla de Dios.

PARRIS ¡Esa es una acusación muy grave!

REBECCA: Hasta cierto punto es verdad; hay muchos que no se animan a traer a sus hijos...

PARRIS: No predico para los niños, Rebecca. No son los niños quienes descuidan sus obligaciones. ¿Dónde está mi leña? Mi contrato estipula que se me provea de suficiente leña por parte del pueblo. ¡Desde noviembre estoy esperando!

GILES: Se le asignan seis libras anuales para comprar leña, señor Parris.

PARRIS: ¡Váyase al infierno! No es suficiente. No soy ningún granjero que va predicando por ahí con un libro debajo del brazo. Soy licenciado en Teología por Harvard.

GILES: Además de ser el primer párroco que ha exigido el título de propiedad de esta casa.

PARRIS: Soy vuestro tercer predicador en siete años. No quiero que se me ponga en la calle como a un gato cada vez que a una mayoría de feligreses le dé por ahí. ¡Habrán obediencia o arderán en el infierno!

PROCTOR: ¿Es que no sabe hablar un minuto sin que vayamos a parar al Infierno?

PARRIS: En esta iglesia hay un partido. No estoy ciego. Existe una facción y un partido.

PROCTOR: ¿Contra usted?

THOMAS: Contra él y contra toda autoridad.

PROCTOR: En ese caso, debo encontrarlo y unirme a él.

REBECCA: No habla en serio. Haced las paces, por favor, John.

PROCTOR: Tengo grano que sembrar y leña que arrastrar a casa. ¿Qué te parece, Giles, si vamos a buscar a ese partido que según el reverendo Parris existe?

PUTNAM: Un momento, señor Proctor: ¿qué leña es esa que arrastráis, si puedo preguntarle?

PROCTOR: Es mi leña. De unas hectáreas que tengo junto a la orilla del río.

PUTNAM: Esa tierra está dentro de mis límites, dentro de *mis* límites, señor Proctor.

PROCTOR: ¿De sus límites? Le compré ese pedazo al marido de Rebeca hace cinco meses.

PUTNAM: No tenía derecho a venderlo. En el testamento de mi abuelo dice claramente que todo el terreno entre el río y...

PROCTOR: Vuestro abuelo tenía por costumbre dejar en herencia tierras que no le pertenecían.

GILES: También casi deja en herencia mi pradera del norte; pero sabía que, si se le ocurría firmar, yo mismo iría a romperle los dedos. Vamos, John. Siento de repente unas enormes ganas de trabajar.

6

(Entra el reverendo John Hale, de Beverly. Aparece con media docena de voluminosos libros. Vuelven las muchachas en segundo plano)

HALE: Por favor, si alguien me puede ayudar...

PARRIS: Señor Hale, qué alegría verle de nuevo. ¡Qué pesados son!

HALE: Así deben ser: tienen todo el peso de la autoridad. Tendremos mucho que estudiar, si se trata de encontrar la pista del maligno. ¿No será usted Rebecca Nurse, por casualidad?

REBECCA: Lo soy, señor. ¿Me conoce?

HALE: Por su rostro, que refleja la bondad de su alma. En Beverly, todo el mundo habla de usted.

PARRIS: ¿Conoce al señor y a la señora Putnam?

PUTNAM Encantados, señor Hale. Confiamos en usted para salvar a nuestra hija.

HALE: ¿Su hija también está enferma?

ANN: Su alma parece haber volado. Duerme, y sin embargo camina...

PUTNAM: No puede comer.

HALE: *(Lo piensa. Luego, a Proctor y Giles Corey):* ¿También tienen ustedes hijos enfermos?

PARRIS: No. Estos son unos simples granjeros que se iban. Giles Corey y John

GILES: Proctor! *(acusándolo en broma)* No cree en las brujas. *(Sale Proctor pero Giles no se va.)*

PROCTOR: He oído que usted es una persona sensata. Espero que deje algo de su sensatez en Salem.

PARRIS *(por su hija):* Aquí la tiene. Trató de saltar por la ventana queriendo volar.

HALE: Díganme, ¿cuál fue el primer síntoma que advirtieron?

PARRIS: La descubrí a ella, a mi sobrina y a otras muchachas bailando en el bosque.

HALE: ¿Permiten el baile ustedes?

PARRIS: No, lo hicieron en secreto...

ANN: *(incapaz de esperar):* La esclava del señor Parris sabe hacer conjuros.

PARRIS: *(a Ann):* No estamos seguros de eso, señora Putnam...

ANN: Yo sí, señor. Envié a mi hija... para que Títuba le dijera quién mató a sus hermanitas.

REBECCA *(horrorizada):* ¡Ann! ¿Enviaste a una niña a invocar muertos?

ANN: ¡Júzgueme Dios, Rebecca, no tú!: ¿Es normal perder siete hijas seguidas nada más nacer?

REBECCA: ¿Qué libro es ése?

HALE: Siete muertos nada más nacer...En este libro está el Diablo desnudado de todos sus torpes disfraces. Aquí están todos los espíritus; vuestros íncubos y súcubos; vuestras brujas que viajan por tierra, por aire y por mar. No teman, si se ha mezclado entre nosotros lo encontraremos y aplastaremos.

REBECCA: ¿Esto hará daño a la niña, reverendo?

HALE: No puedo asegurarlo. Si realmente está poseída por el Diablo, tal vez haya que rasgar.

REBECCA: Entonces creo que me iré. Soy demasiado vieja para todo esto. *(Se levanta.)*

GILES: Señor, quiero preguntar a un hombre ilustrado: ¿qué significa la lectura de libros...extraños?

HALE: ¿Qué libros?

GILES: Mi mujer lee mucho. No digo que esté hechizada por el demonio pero me gustaría saber qué lee.

HALE: Bueno...Antes de nada, Abigail, ¿qué era lo que bailabas con Betty en el bosque?

ABIGAIL: Pues... bailes corrientes, eso es todo.

PARRIS: Nada de corrientes. Había una olla en el lugar donde bailaban.

ABIGAIL: Si eso no era más que sopa.

HALE: ¿Qué clase de sopa?

ABIGAIL: Nada, eran judías... y lentejas.

HALE: Señor Parris, no vería nada vivo dentro de la marmita, ¿verdad? ¿Un ratón, un sapo?

PARRIS: Ahora que lo dice creo que algo se movía dentro de la marmita.

ABIGAIL: ¡Pues habrá saltado dentro...; nosotras no lo pusimos!

HALE (*rápidamente*): ¿Qué es lo que saltó dentro?

ABIGAIL: Nada...; saltó un sapo muy pequeño...

PARRIS: ¡¿Abby, un sapo?!

HALE: Abigail, tu prima tal vez se está muriendo. ¿Convocasteis al Diablo, anoche?

ABIGAIL: ¡Yo no lo llamé! Fue Títuba...

PARRIS (*palideciendo*): ¿Títuba invocó al Diablo?

HALE: Me gustaría hablar con Títuba.

PARRIS: Señora Ann, ¿quiere llamarla, por favor? (*Ann Putnam sale.*)

HALE: ¿Cómo lo llamó?

ABIGAIL: No sé...; hablaba con él en su idioma de Barbados.

HALE: ¿Sentiste algo extraño cuando lo llamó? ¿Tal vez una brisa helada? ¿Tu prima bebió de esa olla?

ABIGAIL: ¡Ella no bebió nada!

HALE: ¿Bebiste tú?

ABIGAIL: ¡No señor! ¡Yo soy una chica decente! (*Ann entra con Títuba*) ¡Ella me obligó a hacerlo! ¡Y también a Betty!

TÍTUBA (*sorprendida y enojada*): ¡Abby!

ABIGAIL: ¡Viene a buscarme todas las noches para que salgamos a beber sangre!

ANN: ¿La sangre de mi hijita?

TÍTUBA: No, sangre de gallo. ¡Les di sangre de gallo!

HALE: Mujer, ¿has reclutado a estas criaturas para servir al Diablo?

TÍTUBA: ¡No, señor! ¡Yo no tengo tratos con ningún Diablo!

HALE: ¿Por qué no puede despertar Betty entonces? ¿Eres tú quien hace callar a esta criatura?

TÍTUBA: ¡Yo quiero mucho a mi Betty! Abby, ¡Tú me pediste que hiciera el conjuro! Me suplicó que hiciera un bebedizo para...

ABIGAIL: ¡Cállate! ¡No mientas! ¡Ella viene mientras duermo; siempre me hace soñar perversidades!

TÍTUBA: ¿Por qué dices eso, Abby?

ABIGAIL: ¡A veces me despierto y me encuentro parada ante el portal abierto sin una prenda encima! Siempre la oigo reír en mis sueños. La oigo cantar sus cantos de Barbados y tentarme con.....

HALE (*resueltamente*): Títuba, quiero que despiertes a esta niña.

TÍTUBA: Señor, yo no tengo ningún poder sobre la niña.

PUTNAM: ¡Esta mujer tiene que ser colgada! ¡Hay que arrestarla y ahorcarla!

TÍTUBA: ¡No, no, la horca no, por favor! Le dije que no quería trabajar para él.

PARRIS: ¿Para el demonio?

TÍTUBA (*asustad*): Señor Reverendo, creo que hay alguien más que ha estado hechizando a estas niñas.

HALE: ¿Quién?

TÍTUBA: No sé, señor, pero el Diablo cuenta con muchas brujas.

HALE: Títuba, mírame. Cuando se te aparece el Diablo, ¿viene con alguna otra persona que conozcas?

ANN: ¿Era hombre o mujer quien venía con él?

TÍTUBA: Era... mujer.

PARRIS: ¿Qué mujer? ¿Eran de Salem? ¿Brujas de Salem?

(Hale la toma de la mano. Ella se sorprende.)

HALE: Títuba: tú eres el instrumento que Dios ha puesto en nuestras manos para descubrir a los enviados del Diablo que están entre nosotros. ¿Quién se te apareció con el Diablo? ¿Cuántas personas?

TÍTUBA: Eran cuatro.

PARRIS *(presionándola)*: ¿Quiénes eran? Sus nombres.

TÍTUBA: Cuántas veces me ha ordenado el demonio que lo mate a usted, señor Parris.

PARRIS: ¡Matarme a mí!

TÍTUBA *(hecha una furia)*: ¡Sí!, muchas veces se me aparece y me promete llevarme volando hasta Barbados si trabajo para él. Y yo le digo: “Mientes, demonio”, pero en las noches de tormenta me dice: “Mira, también hay blancos que trabajan para mí”. Entonces miro y allí está Sarah Good.

PARRIS: ¡Sarah Good!

TÍTUBA: Sí, señor, y la señora Osborn.

ANN: ¡Lo sabía! La Osborn fue mi partera tres veces. Mis pequeñas se consumieron entre sus manos.

(Abigail se levanta, como inspirada, y grita.)

ABIGAIL: ¡Quiero confesar! *(Todos se vuelven hacia ella, sobrecogidos.)* ¡Yo también vi a Sarah Good con el Diablo! ¡Yo vi a la señora Osborn con el Diablo! ¡Y también vi a Bridget Bishop con el Diablo!

(Betty se levanta de la cama, los ojos afiebrados, y se une al cántico. La imitan las otras chicas. Según se van pronunciando los nombres, distintos rostros de mujeres encarceladas aparecen)

BETTY: ¡Yo vi a George Jacobs con el Diablo! ¡Y vi a la señora Howe con el Diablo!

PARRIS: ¡Está hablando!

JOANNA: ¡Yo vi a Martha Bellows con el Diablo!

HANNA: ¡Yo vi a la señora Sibber con el Diablo!

PUTNAM: ¡Voy a llamar al alguacil!

SUSANA: ¡Yo vi a Alice Barrow con el Diablo!

DEBRA: ¡Yo vi a la señora Hawkins con el Diablo!

BETTY: ¡Yo vi a la señora Bibber con el Diablo!

MARY WARREN: ¡Yo vi a la señora Booth con el Diablo!

TODAS: ¡Yo vi a *(cada una dice el nombre de su acusada)* con el Diablo!

GILES *(irónico)*: ¡Dios Todopoderoso que estás en los cielos, tienes un serio problema: tu hermano, el del Infierno, últimamente está más solicitado que tú!

Casa de los Proctor, ocho días después. Desde arriba se oye a Elizabeth cantándoles dulcemente a los niños. Se abre la puerta y entra John con su escopeta, Se acerca al puchero. Prueba el guiso. Echa sal. Va hacia una jofaina y se lava manos y cara.

ELIZABETH: ¿Por qué vienes tan tarde? Ya es casi de noche.

PROCTOR: He estado sembrando muy lejos, junto al límite del bosque ¿Duermen los chicos?

ELIZABETH: Se están durmiendo. *(Va hacia la chimenea. Sirve un cucharón del guiso en un plato.)*

PROCTOR: Ahora hay que rezar para que el verano sea bueno. ¿Te sientes bien hoy?

ELIZABETH: *(Trae el plato a la mesa)* Es liebre.

PROCTOR: ¿Cayó en la trampa de los críos?

ELIZABETH: No, se metió sola en casa esta tarde.

PROCTOR: Eso trae buena suerte.

ELIZABETH: Dios lo quiera. Pobre liebre; me dolió en el alma despellejarla.

PROCTOR: Está bien de sal.

ELIZABETH: ¿Está tierna?

PROCTOR: Pronto veremos los campos verdes. Está el suelo tibio como la sangre.

ELIZABETH: Eso es bueno.

PROCTOR: Si la cosecha es buena compraré la novilla a George. ¿Te parece bien?

ELIZABETH: Claro que sí.

PROCTOR: ¿Sidra?

ELIZABETH: ¡Qué cabeza! Perdón. *(Se levanta y va a servirle un vaso.)*

PROCTOR: Ven conmigo el domingo y pasaremos por la granja; jamás había visto tantas flores.

(Pausa. Ella quiere hablar pero no lo hace.)

PROCTOR: Creo que estás triste otra vez. ¿Me equivoco?

ELIZABETH: Has venido tan tarde que pensé que habías ido a Salem.

PROCTOR: ¿Por qué iba a ir a Salem? No se me ha perdido nada allí.

ELIZABETH: Comentaste que irías a principios de semana. Hoy está allí Mary Warren.

PROCTOR: ¿Por qué la dejaste ir? La prohibí acercarse a Salem.

ELIZABETH: No pude detenerla.

PROCTOR: No está bien, Elizabeth. La señora eres tú. No Mary Warren.

ELIZABETH: *(Recoge plato y tenedor.):* Le prohibí que fuera y ella alzó la cabeza como si fuera la hija de un príncipe y me dijo: "Tengo que ir a Salem, señora Proctor: ¡soy miembro del tribunal!".

PROCTOR: ¿Qué tribunal?

ELIZABETH: Han enviado al vicegobernador desde Boston, según dice. Hay catorce personas en la cárcel que serán juzgadas. También dice que el tribunal tiene autoridad para ahorcarlos.

PROCTOR: Mary Warren está loca. No van a ahorcar a nadie.

ELIZABETH: El Vicegobernador promete ahorcarlos si no confiesan, John. Creo que el pueblo se ha vuelto loco. Mary Warren habló de Abigail y escuchándola pensé que hablaba de una santa. Abigail lleva a las otras muchachas al tribunal y los acusados son llevados antes ellas y si ellas gritan, chillan y caen al suelo, son encerrados en la cárcel por embrujarlas. Debes ir a Salem, John. Diles que todo es un fraude.

PROCTOR: Lo pensaré.

ELIZABETH: La misma Abigail te contó en casa del reverendo que todo este asunto no tenía nada que ver con la brujería.

PROCTOR (*enojándose*): ¡Ya he dicho que lo voy a pensar!

ELIZABETH (*herida; muy fríamente, se dispone a salir*): Bien: entonces, piénsalo.

PROCTOR (*arrepentido*): Si la gente cree ahora que esa muchacha es una santa, no será fácil probar que todo es un fraude. Ella me lo contó en una habitación a solas. No tengo pruebas de ello.

ELIZABETH: ¿Estuviste a solas con ella?

PROCTOR: Por un momento a solas, sí.

ELIZABETH: Eso no es lo que me contaste.

PROCTOR (*con enojo creciente*): Por un momento, he dicho. Los demás entraron enseguida.

ELIZABETH: Haz lo que tengas que hacer.

PROCTOR: No toleraré más tus sospechas, Elizabeth.

ELIZABETH: No las provoques, entonces. Yo veo lo que veo.

PROCTOR: ¿Todavía dudas de mí?

ELIZABETH: Si se tratara de perjudicar a alguien que no fuera Abigail, ¿dudarías tanto tú?

PROCTOR Elizabeth: ya he olvidado a Abigail.

ELIZABETH: También yo.

PROCTOR: No olvidas nada y no perdonas nada. Desde que ella se fue, no me he movido de esta casa sin antes pensar si te agradaría, y, sin embargo, un funeral gira alrededor de tu corazón. ¡Apenas puedo hablar sin ser juzgado de mentiroso!

ELIZABETH: Yo no te juzgo. El magistrado que te está juzgando reside en tu propio corazón.

PROCTOR: (*entra Mary Warren*): ¿Por qué has ido a Salem si yo te lo prohibí?

MARY: No me encuentro bien, señor Proctor. Estoy cansada después de un día entero en el tribunal.

PROCTOR: ¿A mí qué me importa el tribunal? Te pago para que ayudes a mi esposa.

MARY: (*le da una muñeca de trapo*) Señora Proctor, he hecho esto para usted. Tuve que estar sentada en una silla durante largas horas, y pasé el tiempo cosiendo.

ELIZABETH: Es una muñeca muy bonita, Mary. Muchas gracias.

MARY: Mañana por la mañana limpiaré toda la casa. Ahora necesito dormir.

PROCTOR: ¿Es verdad que hay catorce mujeres encarceladas?

MARY: No, señor. Ahora hay treinta y nueve... (*Rompe a llorar*)

ELIZABETH: ¿Qué te pasa, criatura? (*foco en un extremo sobre señora Osborn y su horca*)

MARY: ¡La señora Osborn va a ser ahorcada!

PROCTOR: ¿Y el vicegobernador va a permitirlo?

MARY: Él la sentenció. Debe hacerlo. (*Para suavizarlo*): Pero a Sarah Good no, porque ha confesado.

PROCTOR: ¿Qué ha confesado?

MARY: Que ella a veces pactó con Lucifer, y también inscribió su nombre en su Libro Negro... con sangre... y se comprometió a torturar cristianos hasta que Dios fuera arrojado.

ELIZABETH: Mary, sabes que Sara Good es una pordiosera que habla por hablar. ¿Les dijiste eso?

MARY: Señora Proctor, en pleno proceso casi nos asfixia a todos.

PROCTOR: ¿Que os asfixió?

MARY: Soltó su espíritu sobre nosotros.

ELIZABETH: Oh, Mary, no irás a creer que

MARY: ¡Ella trató de matarme muchas veces, señora Proctor!

ELIZABETH: Hasta ahora no nos habías contado nada de esto.

MARY: Tantas veces, señora Proctor, tantas veces vino a esta misma puerta, limosneando pan y un vaso de sidra, y cuando no le daba nada, ella *murmuraba*.

ELIZABETH: ¿Murmuraba? Puede murmurar si tiene hambre.

MARY: Pero, ¿qué es lo que murmura? Recuerde, señora Proctor. El mes pasado, un lunes creo..., ella se marchó y yo anduve durante dos días como si se me desgarrasen las entrañas. ¿Lo recuerda? Yo se lo dije al juez Hathorne y él le preguntó " (*foco sobre juicio*)

JUEZ HATHORNE: Sara Good: ¿qué maldición farfullas para que esta chica enferme cuando te alejas?

SARA GOOD: Ninguna maldición, Su Excelencia. Sólo recito mis mandamientos.

JUEZ HATHORNE: ¡"Recítanos tus mandamientos, pues!"

SARA GOOD: "Amarás a Dios sobre todas las cosas". "No tomarás el nombre de Dios en vano", "Santificarás...". No. "Honrarás a tu..." (*No se acuerda de más mandamientos. Fuera foco*)

PROCTOR: ¿Y así la condenaron?

MARY: Tenían que hacerlo al haberse delatado ella misma. De todas maneras, estará en la cárcel poco tiempo porque... ¡está embarazada!

ELIZABETH: ¡Embarazada! ¿Estáis locos? ¡Esa mujer tiene más de sesenta años!

MARY: ¡Un milagro! Y eso que no tiene marido. El mismo doctor lo confirmó. Así que de momento está a salvo, porque no harán daño a un niño inocente. Tiene que comprenderlo, señor Proctor: lo que hacemos es obra de Dios. Iré todos los días durante algún tiempo. Soy miembro del tribunal.

PROCTOR (*coge el látigo*): ¡Te voy a dar yo tribunal!

MARY: ¡No toleraré más azotes! ¡El Diablo está en Salem y debemos descubrir dónde se esconde!

PROCTOR (*alza el látigo*): ¡A latigazos voy a sacarte el Diablo del cuerpo!

MARY (*señalando a Elizabeth*): ¡Hoy le he salvado la vida!

(*Silencio. Él baja el látigo.*)

ELIZABETH: ¿Me ha acusado alguien?

MARY (*temblando*): Un tanto mencionada.

ELIZABETH: ¿Quién me acusó?

MARY: No puedo decirlo. La defendí diciendo que nunca había visto que usted mandara espíritus contra nadie. Como soy miembro del tribunal y vivo en la misma casa, desestimaron la acusación.

PROCTOR: Vete a la cama.

MARY: Soy miembro del tribunal. No recibiré nunca más órdenes. Me voy porque estoy derrotada de cansancio. Buenas noches.

ELIZABETH: Ya me están preparando la soga.

PROCTOR: No habrá horca para ti.

ELIZABETH: Abigail me quiere muerta. Desde hace una semana sabía que llegaríamos a esto.

PROCTOR: Han desestimado la acusación.

ELIZABETH: Seguirá denunciándome hasta que lo consiga.

PROCTOR: Tranquilízate.

ELIZABETH: ¡Ella me quiere muerta, John, tú lo sabes! Vete a ver a Abigail.

PROCTOR: ¿Por qué tengo que hablar con ella?

ELIZABETH: John. Tú no comprendes a las muchachas jóvenes. Son capaces de cualquier cosa por una promesa que se hace en la cama.

PROCTOR: ¡¿De qué promesa estás hablando?!

ELIZABETH: Dicha o callada, siempre queda hecha una promesa cuando una mujer joven y un hombre maduro se acuestan. John: Abigail piensa matarme, y luego ocupar mi lugar.

PROCTOR: ¡No es posible que pretenda una cosa así!

ELIZABETH: John, ¿le has manifestado de algún modo tu rechazo? No, ¿verdad? Ve, entonces, y dile que es una ramera delante de todo el pueblo. Cualquiera que sea la promesa que ella se imagina, rómpela.

8

(Llaman. Como si viniese del aire, aparece una figura en el umbral. Es el señor Hale.)

HALE: Buenas noches. Espero no molestarles, pero tengo que hablarles de un asunto.

PROCTOR: Lo sabemos, señor Hale. Nuestra Mary Warren nos lo dijo.

HALE: No soy de aquí y para hacerme una opinión lo más justa posible de los “mencionados” ante el tribunal estoy yendo de casa en casa. Vengo ahora mismo de casa de la señora Nurse.

ELIZABETH: ¿Rebecca está acusada?

HALE: “Mencionada” más que “acusada”.

ELIZABETH: Es difícil creer que una mujer devota como Rebeca sea secretamente una adoradora del demonio.

HALE: Pero el maligno es astuto. Eso no puede usted negarlo. De todas maneras, la señora Nurse está lejos de ser acusada. Vine para hacerles unas preguntas sobre la práctica del cristianismo en esta casa.

PROCTOR: Adelante.

HALE: Según el libro del reverendo Parris usted no ha ido muchos domingos a la iglesia este año.

PROCTOR: Mi mujer ha estado enferma, y otras veces tuve que labrar la tierra. He rezado en casa.

HALE: La casa de uno no puede considerarse la del señor.

PROCTOR: Ni un reverendo puede rogar y pedir sacrificios a sus feligreses teniendo candelabros de oro en el altar. Si he estado trabajando la tierra los domingos ha sido para pagar ese capricho de Parris.

HALE: No conocía ese dato. Pasemos a otro asunto. Tienen ustedes tres hijos, ¿verdad?

PROCTOR: Sí, señor. Varones.

HALE: ¿Cómo es que sólo dos están bautizados?

PROCTOR: No me agrada la idea de que el señor Parris ponga la mano sobre mi hijo. No creo que ese hombre esté iluminado por Dios.

HALE: Elizabeth, ¿sabe usted los mandamientos?

ELIZABETH: Por favor, señor Hale. Soy una cristiana devota.

HALE: ¿Y usted, señor Proctor?

PROCTOR: Yo... por supuesto que sí, señor.

HALE: Recítelos, si no tiene inconveniente.

PROCTOR: Los Mandamientos.

HALE: Eso es.

PROCTOR: (*concentrándose*): No matarás.

HALE. ¿Sí?

PROCTOR (*contando con los dedos*): No robarás, no codiciarás los bienes ajenos, no harás imagen de lo que hay en lo alto del cielo, no pronunciarás el nombre de Dios en vano, santificarás las fiestas, honrarás a tu padre y a tu madre, no prestarás falso testimonio. (*Vuelve a contar*) No harás imagen...

HALE: Ése ya lo dijo antes.

ELIZABETH (*por lo bajo*): Adulterio, John.

PROCTOR: Claro. ¿Cómo lo he podido olvidar? Ya ve, señor Hale, que entre los dos los sabemos.

ELIZABETH: John: recuerda que tenías algo que decirle al señor Hale.

PROCTOR (*con dificultad*): Sí. Yo no tengo testigos ni pruebas, pero sé que la enfermedad de esas chicas no tiene nada que ver con la brujería. El señor Parris las descubrió bailando en el bosque. Ellas se asustaron y se enfermaron. Me lo contó la misma Abigail Williams.

HALE: Señor Proctor, yo mismo he examinado a Títuba y a Sarah Good. Lo han *confesado*.

PROCTOR: Han confesado porque no quieren ser ahorcadas. Estoy dispuesto a declarar ante el tribunal.

HALE: He oído un rumor que me preocupa. Se dice que no creéis en las brujas. ¿Es verdad?

PROCTOR: la Biblia habla de brujas y yo no voy a negarlas.

HALE: ¿Y usted, señora Proctor?

ELIZABETH: Si usted piensa que yo soy una de ellas, afirmo entonces que no hay ninguna.

HALE: Quiero creer que no se está riendo usted del Evangelio.

ELIZABETH: ¡Pregúntele a Abigail Williams por el Evangelio, no a mí!

HALE: Bauticen inmediatamente a su tercer hijo y vayan este mismo domingo a la oración. 18

(Entran Giles y Francis Nurse preocupados)

GILES: ¡Se llevan a mi mujer, John! ¡Y a Rebecca!

PROCTOR: ¿Rebecca está en la cárcel?

FRANCIS: Sí, vino Cheever y se la llevó en su carro. Ni siquiera nos dejaron entrar a verlas.

ELIZABETH: ¿No decía usted que Rebecca no corría ningún peligro, señor Hale?

FRANCIS: ¿No puede usted hablar con el vicegobernador? Mi mujer es el alma de nuestra iglesia y no puede haber persona más cercana a Dios que Martha Corey.

HALE: ¿De qué se acusa a Rebecca, señor Nurse?

FRANCIS: ¡De asesinato! *(Citando la acusación, burlonamente.)* "Por el prodigioso y sobrenatural asesinato de las siete niñas de la señora Putnam."

PROCTOR: ¿Cómo puede matar a siete criaturas una mujer como ella?

HALE: Recuerde, señor Proctor, que hasta una hora antes de caer Lucifer, Dios lo creyó hermoso.

GILES: Yo nunca dije que mi mujer fuera una bruja, señor Hale; ¡yo sólo dije que ella leía libros!

HALE: Señor Corey, ¿cuáles son los cargos concretos contra su mujer?

GILES: Ese maldito bastardo de Walcott la acusó. Hace cuatro o cinco años le compró un cerdo a Marta, y murió al poco tiempo. Walcott le pidió entonces el dinero y Marta le contestó: "Si carece de sentido común para alimentar a un cerdo, nunca tendrá una pira". Y Walcott de la rabia se presentó al tribunal asegurando que los cerdos se le mueren porque mi mujer los hechiza con sus libros.

(Entra Ezekiel Cheever)

CHEEVER: Buenas noches a todos. Buenas noches, señor Hale.

PROCTOR: Espero que no vengas por asuntos del tribunal.

CHEEVER: Por eso vengo. Soy funcionario del tribunal. Traigo una orden de arresto para tu mujer.

(Entra el alguacil Herrick, algo avergonzado.)

FRANCIS NURSE: Es una lástima, Herrick, que un buen sastre que pudo haber ido al Cielo se vaya a quemar en el infierno. ¿Sabes que vas a arder, por esto?

PROCTOR *(a Hale)*: ¡Usted dijo que Elizabeth no estaba acusada!

HALE: No sabía nada de eso. *(A Cheever)*: ¿Cuándo fue acusada?

CHEEVER: Esta noche me dieron diez y seis órdenes de detención, señor, y ella es una.

PROCTOR: ¿Quién la acusó?

CHEEVER: Abigail Williams.

PROCTOR: ¿Con qué pruebas?

CHEEVER: Proctor, tengo poco tiempo. El tribunal me ordena registrar tu casa, pero no quisiera hacerlo, así que, ¿quieres entregarme la muñeca que tiene escondida tu mujer?

ELIZABETH: Desde que era chica no he vuelto a tener muñecas.

CHEEVER: Pues a mí me parece ver una ahí, Elizabeth.

ELIZABETH: Esa muñeca es de Mary Warren.

CHEEVER: (*extrayendo una aguja de la muñeca*): ¡Efectivamente, Herrick, es una aguja!

PROCTOR: ¿Y qué significa una aguja?

HERRICK: Hasta ahora tenía mis dudas, Proctor, pero ahora...

HALE: ¿Qué significado tiene la aguja?

HERRICK: Esta noche, cuando Abigail se sentó a cenar en casa del reverendo Parris, cayó al suelo gritando. Cuando el reverendo fue a socorrerla, vio que tenía una aguja clavada en el vientre. Al preguntarle cómo le había sucedido aquello, afirmó que se la había clavado el espíritu de Elizabeth.

PROCTOR: ¡Se la clavó ella misma!: (*A Hale*) ¡Espero que no tome esto por una prueba!

(*Hale, impresionado por la prueba, está callado.*)

CHEEVER: ¡Es prueba irrefutable! (*A Hale*): Hay aquí una muñeca de la señora Proctor. Y en el vientre está clavada también una aguja.

(*Entra Elizabeth con Mary Warren. Proctor, viendo a Mary Warren, la lleva de un brazo hasta Hale.*)

PROCTOR: Explica a estos señores cómo llegó esta muñeca a mi casa.

MARY: Es un muñeca que hice en el tribunal para la señora Proctor. Como me aburría...

PROCTOR ¿Y esta aguja?

MARY: Me la dejaría clavada yo, seguramente.

PROCTOR (*a Hale y los demás*): ¿Qué dicen ahora?

HALE: ¿Estás segura, Mary? ¿O puede ser que alguien haya embrujado tu mente para que digas eso?

MARY: Pregúntenle a Abigail: ella estaba sentada a mi lado y me vio coser la muñeca en el tribunal.

ELIZABETH (*estalla*): ¡Dios! ¡Esa muchacha es una ramera asesina! ¡Hay que borrarla de este mundo!

CHEEVER (*señalando a Elizabeth*): ¿Ha oído, señor Hale? ¡Borrarla de este mundo!

PROCTOR (*rompiendo la orden, de manos de Cheever*): ¡Fuera de aquí!

HERRICK: ¡Has roto la orden del vicegobernador!

PROCTOR: ¡Maldito sea el vicegobernador! En Salem gobierna la venganza y yo no entregaré mi esposa a la venganza!

ELIZABETH: Iré, John...

PROCTOR: ¡No irás!

HERRICK: No puedes retenerla. La ley me obliga.

PROCTOR: ¿Dejará usted que se la lleven?

HALE: Proctor, el tribunal es justo...

PROCTOR: Te traeré a casa. Te traeré pronto. ¡Caeré como una tromba sobre ese tribunal!

ELIZABETH: Diles a los niños que fui a visitar a alguien enfermo.

(*Herrick y Cheever salen tras ella. Por un instante. Se oye ruido de cadenas.*)

PROCTOR: ¡Herrick, al menos no la encadenes! (*A Hale.*);Fuera de mi vista! (*Sale Hale.*)

GILES (*sacudido*): John, dime..., ¿estamos perdidos?

PROCTOR: Marchaos a casa, Giles. Hablaremos mañana. Mary: contarás todo al tribunal.

MARY: No puedo acusar de asesinato a Abigail.

PROCTOR: ¡Le dirás al tribunal cómo vino a parar aquí esa muñeca y quién le clavó la aguja!

MARY: ¡Abby le acusará de adulterio, señor Proctor! Yo...sé que han estado juntos.

PROCTOR: Bien. Entonces se acabó su santidad. Le contarás al tribunal todo lo que sabes. (*Pausa, retándola en la distancia*) Abigail Williams, tú y yo, los dos. Juntos caeremos en el mismo pozo.

10

Un pajar. De noche. Entra Abigail con un farol, el cabello suelto, un camisón y bata. Detrás Proctor.

ABIGAIL: ¿Cómo vienes?

PROCTOR: Como amigo.

ABIGAIL: Acércate. Cuando oí las piedrecitas contra la ventana supe que eras tú antes de abrir los ojos. Estaba convencida de que vendrías antes. ¿Por qué no viniste? Ahora estoy muy sola en el mundo.

PROCTOR: Pues yo he oído decir que ahora viene la gente desde muy lejos para verte la cara. Dicen que un montón de muchachos te sigue los pasos dondequiera que vayas.

ABIGAIL: Sí, me siguen. Pero siempre me miran con ojos lascivos.

PROCTOR: ¿Y eso no te gusta?

ABIGAIL: Ya no soporto las miradas lascivas. He cambiado, John. Tendrían que mirarme con respeto cuando sufro por ellos como lo hago.

PROCTOR: ¿Y qué sufrimientos son esos, Abby?

ABIGAIL:(*destapándose*): Mira mi vientre. El pinchazo de tu mujer todavía no se me ha curado, ¿sabes? Creo que a veces, mientras duermo, ella vuelve a pincharme para abrirme la herida.

PROCTOR: ¿Ah, sí?

ABIGAIL: Y George Jacobs... (*arremangándose*) vuelve una y otra vez y me golpea con su bastón en el mismo sitio, todas las noches. Mira el moretón que tengo.

PROCTOR: Abby, George Jacobs hace un mes que está en la cárcel. ¿Todavía piensas acusar a otros?

ABIGAIL: Si no me matan antes, lo seguiré haciendo hasta que muera el último hipócrita.

PROCTOR: Entonces, según tú, ¿no hay nadie que sea bueno?

ABIGAIL (*dulcemente*): Sí, hay uno. Tú eres bueno.

PROCTOR: ¿Por qué soy bueno yo?

ABIGAIL: Tú me enseñaste la verdad, luego eres bueno. Me quemaste con un fuego que abrasó toda mi ignorancia. Antes lloraba por mis pecados cuando el viento me levantaba las faldas y enrojecía de vergüenza cuando cualquier vieja me llamaba ramera. Pero llegaste tú y quemaste mi ignorancia. Dios me ha dado la fuerza para llamar mentirosos a todos los falsos beatos que van a la iglesia, ha hecho que los hombres me escuchen, y juro por Dios que por amor limpiaré este mundo de hipocresía. Dios, John: seré

una esposa tan buena cuando el mundo haya recobrado su pureza... (*Le besa la mano*). ¿Tienes frío?

PROCTOR: Mi mujer comparece ante el tribunal mañana, Abigail.

ABIGAIL (*distante*): ¿Tu mujer?

PROCTOR: Lo sabes de sobra.

ABIGAIL: Ah, sí, ahora recuerdo. ¿Está ella bien?

PROCTOR: Todo lo bien que puede encontrarse después de treinta y seis días en la cárcel.

ABIGAIL: Dijiste que venías como amigo. ¿Me has sacado de la cama para hablar de ella?

PROCTOR: Te he sacado para avisarte de que si no liberas a mi mujer mañana, estoy decidido a desacreditarte.

ABIGAIL: ¿Desacreditarme? ¿Cómo?

PROCTOR: Tengo pruebas de que tú sabías que aquella muñeca no era de mi mujer; y que tú misma mandaste a Mary Warren clavar aquella aguja.

ABIGAIL: ¿Y si te preguntan por qué habría de cometer Abigail un hecho tan criminal? ¿Qué les dirás?
¿Confesarás haber fornicado conmigo delante del tribunal?

PROCTOR: Si eso es lo que quieres, eso haré.

ABIGAIL: No lo harás. Te conozco. Sé que te alegras en secreto de que mañana ahorquen a tu mujer.

PROCTOR: Estás loca, asesina hija de perra.

ABIGAIL: ¡Qué duro es que se caigan las máscaras! Pero caen, ya lo creo que caen. Has cumplido tu deber por lo que a ella se refiere. Espero que sea tu última hipocresía. Buenas noches, John. Cuando salgas, cierra la puerta. No temas. Mañana te salvaré. Te salvaré de ti mismo. (*Sopla el farol*)

11

Todo el pueblo en la iglesia de Salem, ahora sede del tribunal. Bancos a izquierda y derecha.

HATHORNE: Martha Corey. Tenemos pruebas de que lee libros de astrología. ¿Va a negarlo?

MARTHA: ¡Por favor! Ni siquiera sé lo que es una bruja.

HATHORNE: ¿Cómo sabes, entonces, que no lo eres?

MARTHA: Si lo fuera lo sabría. (*Ríe el pueblo*)

HATHORNE: ¿Por qué dañas a estas criaturas entonces?

MARTHA: Yo no les hago daño. Eso es ridículo.

GILES COREY: ¡Tengo nuevas pruebas para el tribunal!

(*Creciente rumor de voces excitadas.*)

GILES: ¡No están oyendo más que mentiras! ¡Thomas Putnam quiere robar las tierras de sus vecinos!

HATHORNE: ¡Alguacil! ¡Eche a este hombre de la sala ahora mismo!

GILES: ¿Por qué no quieren escuchar mis pruebas? ¡Quita tus manos, Herrick!

DANFORTH: ¿Quién es este hombre?

THOMAS PUTNAM: Giles Corey, señor, la persona más pendenciera de Salem.

GILES: ¡Es a mí a quien pregunta, y soy lo bastante viejo como para contestar yo mismo! Mi nombre es Giles Corey. Soy propietario de doscientas hectáreas y también de bosques. La mujer a la que está a punto de condenar es mi mujer.

DANFORTH: ¿Y cree que con este escándalo va a ayudar a su mujer?

GILES (*llora*): Su excelencia, sólo porque dije que leía libros vinieron a por ella a casa.

DANFORTH: ¿Qué libros?

HALE: Excelencia, quizá podríamos considerar su testimonio.

DANFORTH: Pues que presente las pruebas de manera adecuada. Pero ahora, desaloje esta sala.

HERRICK: Vamos, Giles. (*Saca suavemente a Corey*)

FRANCÍS: Excelencia, llevamos aquí tres días y nadie nos escucha.

DANFORTH: ¿Quién es este hombre?

FRANCIS: Francis Nurse, Excelencia.

HALE: Su mujer, Rebecca, fue condenada esta mañana.

HATHORNE: Estos hombres deberían ser arrestados por desacato a la autoridad, Excelencia.

FRANCIS: Excelencia, tenemos pruebas suficientes que demuestran que las muchachas mienten.

DANFORTH: ¿Sabe usted quién soy? ¿Sabe que cerca de cuatrocientas personas están en la cárcel por sentencias que yo he firmado? ¿Sabe que también he firmado setenta y dos condenas de muerte?

FRANCIS: Excelencia, nunca pensé que tendría que decir esto a un juez, pero le están engañando.

(*Entra Giles Corey, que se ha escapado, con Proctor y Mary Warren. Herrick les persigue*)

PARRIS: ¡Mary Warren!: ¿Qué haces aquí?

PROCTOR (*alejando a Parris*): Quiere hablar con el vicegobernador.

DANFORTH: ¿No me dijo usted que Mary Warren estaba enferma, en cama?

HERRICK: Eso es lo que me dijo cuando fui a buscarla para traerla al tribunal.

FRANCIS: Ha estado luchando con su conciencia toda la semana, Excelencia. Viene a decir la verdad.

DANFORTH: ¿Y quién es este hombre?

PROCTOR: John Proctor, señor. Elizabeth Proctor es mi mujer.

ANN: Cuidado con este hombre, Excelencia, este hombre es dañino.

HALE: Creo que debe escuchar a la niña, Excelencia.

PARRIS: ¡Quieren derrocar al tribunal!

DANFORTH ¡Silencio! ¿Qué quieres decirnos, Mary Warren?

(*Proctor la mira, pero ella no puede hablar.*)

PROCTOR: Nunca vio ningún espíritu, señor. (*Hurga en el bolsillo*) Ella ha firmado esta declaración.

MARY: Todo fue una broma, señoría. Fingíamos.

DANFORTH: ¿Y el resto de chicas? ¿Ellas también fingen?

MARY: Sí, señoría.

T. PUTNAM (*sudando*): ¡Excelencia, no irá usted a creerse esa mentira!

DANFORTH: Me extraña que se atreva a venir con semejante historia si no es para decir la verdad. Señor, Proctor, ¿no vendrá usted movido por la venganza e instigado por el encarcelamiento de su mujer?

CHEEVER: Creo que es mi deber, señoría... (*Amablemente, a Proctor*): No lo negarás, John. (*A Danforth*): Cuando fuimos a detener a su mujer, él maldijo al tribunal y rompió la orden de arresto.

PARRIS: ¡Ahí lo tenéis!

DANFORTH: ¿Hizo eso, señor Hale?

HALE (*respira hondo*): Sí, lo hizo.

PROCTOR: Fue un arrebato de ira. No sabía lo que hacía.

DANFORTH: ¿Es usted en todos los aspectos un buen cristiano, señor Proctor?

PROCTOR: Lo soy, señor.

PARRIS: ¡Tan buen cristiano que sólo viene a la iglesia una vez al mes!

DANFORTH: ¿No viene usted a la iglesia?

PROCTOR: Que no sienta ningún respeto por el señor Parris no quiere decir que no ame a Dios.

CHEEVER: ¡Ara la tierra los domingos! Es una prueba, John. Soy miembro del tribunal.

PROCTOR: Excelencia, ¿no le sorprende que muchas de las condenadas sean precisamente mujeres con excelente reputación?

ANN: ¿Leéis el Evangelio, señor Proctor?

PROCTOR: Leo el Evangelio, señora Putnam.

ANN: No le creo, pues si no, sabría usted que Caín era un hombre recto, y sin embargo mató a Abel.

PROCTOR: Es cierto, pero quién nos dice que Rebecca Nurse asesinó a sus siete hijas soltando sobre ellas su espíritu. Sólo usted, que desea encontrar una culpable, y estas muchachas. Y Mary jura que mintió.

(*Danforth solicita una información al oído a Hathorne*)

HATHORNE: Sí, es ella misma.

DANFORTH: Señor Proctor, esta mañana vuestra esposa me envió un escrito desde la cárcel en el que pedía clemencia, ya que aseguraba estar embarazada.

PROCTOR: ¿Mi mujer embarazada? Si lo dice ella, será cierto. Elizabeth no miente nunca.

DANFORTH: Este tribunal le propone un trato. Dado que hay una criatura de Dios dentro de ella, permanecerá libre durante al menos nueve meses si usted retira esta acusación.

PROCTOR: No puedo hacerlo. Estos son mis amigos. Sus esposas también están acusadas.

DANFORTH: En ese caso, estoy listo para escuchar las pruebas que aporta.

PROCTOR: Traigo otra declaración (*saca un papel*). La gente que ha firmado declara su buena opinión sobre Rebecca, mi esposa y Martha Corey. (*Danforth mira el papel. Parris mira por encima*). Son todos agricultores y miembros de esta iglesia.

PARRIS (*sudando*): Esta gente debería ser convocada entonces para ser interrogados.

PROCTOR: Les he dado mi palabra de que si firmaban nada malo podía ocurrirles.

FRANCIS: Son todos cristianos devotos, señoría.

DANFORTH: (*retirando el papel*): Si no puedo interrogarlos, la desestimo. Señor Proctor: más pruebas.

GILES: Mi declaración, John, entrégale la mía.

PROCTOR: Sí. (*Le entrega otro papel a Danforth.*) Este es el testimonio del señor Corey.

THOMAS PUTNAM: (*suspicaamente*): ¿Qué abogado redactó eso, Corey?

GILES: Sabes bien que jamás en la vida he necesitado a un abogado, Putnam.

DANFORTH: (*leyendo el testimonio*) ¿Qué formación jurídica tiene usted, señor Corey?

GILES: La mejor. Treinta y tres veces he ido a tribunales, y siempre como demandante.

DANFORTH: Señor Putnam, tengo delante una acusación que el señor Corey dirige contra usted. Afirma que usted incitó a su hija para que acusara de brujería a George Jacob, actualmente encarcelado.

PUTNAM: Es mentira.

DANFORTH (*volviéndose a Giles*): ¿Qué responde usted y qué pruebas aporta para ello?

GILES: Si Jacobs es colgado por brujo, pierde derecho a sus propiedades. Eso dice la ley. Y no hay nadie, excepto Putnam, con el dinero necesario para comprar tanta tierra. ¡Ese hombre quiere eliminar a sus vecinos para conseguir sus propiedades y enriquecerse aún más!

DANFORTH: ¿Pero y la prueba?

GILES: (*señalando su testimonio*): ¡Esa es la prueba! Me lo contó un hombre honesto.

HATHORNE: ¿Y el nombre de ese honesto hombre?

GILES: Si doy su nombre, irá a la cárcel

HATHORNE: ¡Esto es desacato al tribunal, señor Danforth!

GILES: No daré su nombre. Mencioné el de mi mujer una vez y ya por ello arderé en el infierno.

DANFORTH: En ese caso, no tengo más alternativa que arrestarle por desacato al tribunal. ¿Herrick?

THOMAS PUTNAM: Vaya, Giles. Parece que al final sí que necesitabas un abogado.

(*Giles Corey se lanza hacia Putnam. Proctor se arroja y lo contiene.*)

GILES ¡Te cortaré el pescuezo, Putnam. Juro que rasgaré tu vientre y me comeré tus vísceras!

PROCTOR: Calma, Giles: probaremos ahora mismo que la razón está de nuestra parte.

GILES: (*Señalando a Danforth*): ¡Sólo juega con nosotros! ¡Su intención es ahorcarnos a todos!

DANFORTH: Esto es un tribunal de justicia, señor. ¡No permitiré afrentas aquí!

PROCTOR: Perdónele, señoría. Paz, Giles, ahora lo probaremos todo. Mary: es tu turno. Esta es la declaración de Mary Warren, aquí presente. Ustedes vieron hace dos semanas cómo gritaba, cómo juró que los espíritus de los acusados la asfixiaban, cómo llegó a ver a Satanás. Pues bien: Mary jura ahora que nunca vio a ningún espíritu y declara que sus amigas y ella misma mintieron.

(*Proctor se adelanta a darle el testimonio a Danforth.*)

PARRIS: (*conteniendo su ira*): Excelencia, me gustaría preguntar a Mary Warren...

DANFORTH: ¡Señor Parris, le ordeno que se calle! : Señor Cheever y señor Herrick traigan a las muchachas (*Salen. Danforth se vuelve a Mary*): Mary Warren, ¿por qué has cambiado de opinión? ¿Has mentido sabiendo que estaba en juego la vida de mucha gente?

MARY: Sí, señor.

DANFORTH: O mientes ahora, o mentiste hace dos semanas. En cualquier caso irás a la cárcel.

MARY: No puedo mentir más. Sólo sé que ahora estoy en paz conmigo misma.

(Se abre la puerta.)

CHEEVER: Joana Preston, Susana Walcott, Debra Flint, Ruth Putnam, Betty Parris, Hannah Brown, Mercy Lewis, Abigail Williams.

HERRICK: Están todas, señoría.

DANFORTH: Sentaos. Vuestra amiga, Mary Warren, ha presentado una declaración en la cual jura que jamás vio demonios ni brujas. Además sostiene que ninguna de vosotras tampoco ha visto nada. (*Breve pausa.*) La ley y la Biblia condenan a todo portador de falso testimonio. (*Breve pausa.*) Levantaos. ¿Hay algo de verdad en esto?

ABIGAIL: No, señor. Ella miente.

DEBRA y RUTH: Miente más que habla.

JOANA, MERCY, SUSANA: El diablo ha venido a Salem.

TODAS: Mary Warren miente.

DANFORTH (*a Mary*): ¿Quieres aún continuar con esto?

MARY (*débilmente*): Sí, señor.

DANFORTH (*volviéndose*): Abigail, en la casa del señor Proctor se descubrió una muñeca atravesada por una aguja. Mary Warren sostiene que tú estabas sentada junto a ella en el tribunal cuando la cosía.

ABIGAIL: Es mentira, señor.

DANFORTH: Mientras trabajabas para el señor Proctor, ¿viste alguna muñeca en la casa?

ABIGAIL: La señora Proctor siempre tuvo muñecas.

PROCTOR: Mi mujer nunca tuvo muñecas.

DEBRA: Excelencia, a mí una vez la señora Proctor me dijo que tuvo muñecas. (*Pausa*) De niña.

HALE: Hace quince años que la señora Proctor dejó de ser niña.

JOANA: Pero una muñeca se puede conservar quince años, ¿no es así?

HALE: ¡Se conserva si se la conserva! Pero Mary Warren jura que nunca vio muñecas en casa.

ANA: ¿Y por qué no podía haber muñecas escondidas en donde nadie las viera?

PROCTOR (*furioso*): ¡También puede haber un jodido dragón en mi casa, pero nadie lo ha visto!

PARRIS: Nosotros estamos aquí, Excelencia, para descubrir aquello que nadie ha visto.

DANFORTH: Está usted acusando a Abigail Williams de un frío plan de asesinato. ¿Entiende esto?

PROCTOR: Así es. Estoy convencido de que su propósito es el asesinato.

HATHORNE (*señalando a Abigail, incrédulo*): ¿Esta niña asesinaría a su esposa?

PROCTOR: No es ninguna niña. Mary. Dile ahora al vicegobernador cómo bailasteis en el bosque.

DANFORTH: ¿Qué es eso del baile?

MARY: Yo... (*Echa una ojeada a Abigail*) Señor Proctor...

PROCTOR (*yendo al grano*): Abigail lleva a las muchachas al bosque y allí bailan desnudas.

PARRIS: Excelencia, eso es ridículo.

RUTH (*nerviosa*): Además, Mary fue la que más bailó aquella noche.

JOANA: Bailaba como si estuviese poseída.

MERCY y BETTY: Poseída por el diablo.

SUSANA y HANNA: Por el diablo poseída.

HALE: El mismo señor Parris las descubrió bailando en persona. Me lo dijo el primer día.

DANFORTH: ¿Lo niega, señor Parris?

PARRIS: No lo niego, excelencia (*defendiéndose*), ¡pero jamás vi a ninguna de ellas desnuda!

DANFORTH: ¿Pero ella *ha bailado*?

PARRIS: (*sin voluntad*): Sí, señor.

(*Danforth, con ojos diferentes, mira a Abigail.*)

HATHORNE: Excelencia, ¿me permite? (*Señala a Mary Warren.*)

DANFORTH: Proceda.

HATHORNE: Dices que no has visto ningún espíritu, Mary, pero cuando las personas acusadas de brujería aparecieron ante ti hace dos semanas tú te desmayaste diciendo que su espíritu te asfixiaba.

MARY: Era fingido, señoría.

HATHORNE: Entonces, haznos una demostración de lo que tantas veces fingiste.

ANN: Ahora no hay espíritus que te ataquen, aquí no hay brujas. Vamos: desmáyate.

MARY: ¿Que me desmayer?

PARRIS: Sí, desmáyate.

MARY (*mirando a Proctor*): No... no puedo desmayarme ahora, señor.

PROCTOR (*alarmado, con calma*): ¿No puedes fingirlo?

MARY (*busca la pasión para desvanecerse, lo intenta sin éxito*): Ahora no lo siento...

HATHORNE: ¡Entonces reconoces que eran espíritus malignos los que provocaron tus desmayos!

MARY: No, señor. Yo sabía desmayarme porque yo creía ver espíritus. Yo... oí a las otras chicas gritar, y como el señor Parris, los señores Putnam, el señor Hale las creían, yo también las creí. Al principio parecía un juego, pero como luego todo el mundo gritaba y veía espíritus, yo también creí, supongo, que debería verlos, y por eso los vi. Pero no los vi.

DANFORTH (*tornándose*): Abigail. Y las demás. ¿Sería posible que los espíritus que visteis fuesen sólo alguna ilusión que se cruzara por vuestras mentes?

HANNAH BROWN: Señoría.

SUSANA WALCOTT Y DEBRA FLINT: Sin

RUTH Y BETTY: ninguna.

JOANA PRESTON: duda

MERCY LEWIS: los vimos.

ABIGAIL: Señoría; he visto manar sangre de mi estómago. Aquí está la herida (*se descubre el vientre*) He colaborado, ¿y ésta es mi recompensa? ¿La desconfianza del tribunal?

DANFORTH (*debilitándose*): No se desconfía de vosotras, Abigail.

ABIGAIL (*en abierta amenaza*): Cuídese usted mismo, señor Danforth. ¿Se cree tan fuerte como para que el poder del infierno no le perturbe? ¡Tenga cuidado! Allí hay... (*señala al techo*)

DANFORTH: ¿Qué sucede, muchacha?

ABIGAIL: No lo sé. De repente una brisa helada ha venido. (*Sus ojos van a parar a Mary Warren.*)

MARY (*horrorizada*): ¡Abby!

MERCY (*temblando*): ¡Me estoy helando, excelencia!

PROCTOR: ¡Están fingiendo!

HATHORNE (*tocando la mano de Abigail*): ¡Está fría, Excelencia, tóquela!

JOANNA: (*a través de sus dientes castañetean*): Mary, ¿has enviado tú esta sombra contra mí?

MARY: ¡Yo no he hecho nada!

SUSANNA Y HANNAH: ¡Me hielo, me hielo!

BETTY (*temblando visiblemente*): ¡Es un viento!

DEBRA Y RUTH: ¡Un viento helado!

MARY: ¡Ruth, Susana, Debra, no hagáis eso!

DANFORTH : Mary Warren, ¿las estás hechizando?

(*Con un grito histérico, Mary Warren comienza a correr, Proctor la agarra.*)

MARY: Déjeme ir, señor Proctor, no puedo, no puedo...

ABIGAIL (*gritando al cielo*): ¡Oh, Padre Celestial, quítame esta sombra!

(*Proctor salta hacia Abigail, que está encogida, y cogiéndola de los cabellos la incorpora.*)

PROCTOR: ¡Cómo te atreves a invocar al cielo! ¡Putas! ¡Más que putas!

(*Herrick separa a Proctor de ella.*)

HERRICK: ¡John!

PROCTOR: ¡Es una ramera!

DANFORTH : ¡Señor Proctor!: ¿Acusa usted a esta muchacha de ser...

ABIGAIL: ¡Señor Danforth, él miente!

PROCTOR: Escuchad todos. Yo me he acostado con esta chica. Ese es el origen de todo este fraude.

(*Todos callan impresionados.*)

DANFORTH: ¿Cuándo y dónde?

PROCTOR: En mi pajar, donde se acuestan mis animales. Hace ocho meses. Ella entonces me servía, en casa. (*llorando*) Mi mujer, poco después la echó a la calle. Por eso ahora pretende bailar conmigo sobre la tumba de mi mujer. Esto no es más que la venganza de una ramera sobre un malnacido como yo.

DANFORTH (*horrorizado, a Abby*): ¿Niegas esto, palabra por palabra, hasta el último ápice?

ABIGAIL: ¡Si debo contestar a eso, me marcharé y no volveré jamás!

DANFORTH: ¡Permanecerás en donde estás! (*Herrick le corta el paso.*). Traigan a la señora Proctor. Y no le digan una sola palabra de lo que aquí se ha hablado. (*A Proctor.*) ¿Su mujer es honesta?

PROCTOR: Hay quienes no pueden cantar y otros que no pueden ver. Mi mujer no sabe mentir.

DANFORTH: Y cuando ella echó a esta muchacha de vuestra casa, ¿la echó por ramera?

PROCTOR: Sí, señor.
DANFORTH: ¿Y sabía que era una ramera?
PROCTOR: Sí, señor.
DANFORTH: (*A Abigail*): ¡Si también ella me dice que fue por eso, criatura, que Dios se apiade de ti! De espaldas. Los dos. (*A Proctor*) Que entre la señora Proctor. (*Entra*). Señor Cheever, tome nota. ¿Listo?
CHEEVER: Listo, señor.
DANFORTH: Aproxímese, mujer. (*Elizabeth mira a Proctor*) Míreme sólo a mí, no a su marido.
ELIZABETH: Sí, señor.
DANFORTH: Se nos ha dicho que hace tiempo despidió a su sirvienta Abigail Williams. ¿Por qué causa la echó? Míreme a mí y no a su marido.
ELIZABETH (*sin saber qué decir*): No estaba contenta con ella ni tampoco mi marido.
DANFORTH: ¿Por qué no estaba contenta? ¿Era despilfarradora, era una vaga, era sucia?
ELIZABETH: En esa época yo estaba enferma. Mi marido es un hombre bueno y recto. Nunca se emborracha como otros, pero durante mi enfermedad, sentí que mi marido se alejaba de mí. Y Abigail...
DANFORTH: ¿Qué pasó con Abigail Williams?
ELIZABETH: Llegué a creer que ella le gustaba y por eso la despedí.
DANFORTH: Entonces... ¡Míreme a mí! ¿Sabe usted si John Proctor llegó a cometer adulterio?
ELIZABETH (*débilmente*): No, señor. No puedo asegurarlo.
DANFORTH: Llévase, alguacil.
PROCTOR: ¡Elizabeth, di la verdad!
DANFORTH: Ya ha declarado.
PROCTOR: ¡Ella sólo pensaba en salvar mi nombre!
HALE: Excelencia, es una mentira comprensible; le ruego detenga esto antes de que otro sea condenado. Ya no puedo acallar a mi conciencia. ... ¡La venganza personal se infiltra en este proceso!
ABIGAIL (*con un grito escalofriante, chilla hacia el techo*): ¡No! ¡No lo harás! ¡Fuera! ¡Fuera te digo!
DANFORTH: ¿Qué ves, criatura? (*Todos miran. Las muchachas empiezan a llorar despavoridas*)
MERCY (*señalando*): ¡En la viga! ¡Detrás del travesaño!
HATHORNE: ¡Dónde!
ABIGAIL: ¿Por qué vienes, pájaro amarillo?
GILES: ¿Dónde está el pájaro? ¡Yo no veo ningún pájaro!
MERCY (*hacia el techo*): Mi cara. Dios hizo mi rostro. No puedes querer destrozarlo. Para, Mary.
MARY: ¡Mercy!
ABIGAIL: Mary, cambiar de aspecto es magia negra. ¿Por qué me envidias?
MARY: ¡Abby, si estoy aquí!
PROCTOR (*frenéticamente*): ¡Están fingiendo, señor Danforth!
ABIGAIL: ¡Oh, por favor, Mary! No bajas.
SUSANNA: ¡Sus garras!
JOANA: ¡Está sacando sus garras!

ABBY: ¡Mary, por favor, no me dañes!

MARY (*A Danforth*): ¡Yo no la estoy dañando!

DANFORTH (*A Mary*): ¿Por qué ve esa visión?

MARY: ¡Ella no ve nada!

ABIGAIL (*imitando el tono exacto del grito de Mary Warren*): ¡Ella no ve nada!

MARY (*suplicando*): ¡No hagas eso, Abby!

ABIGAIL Y TODAS LAS MUCHACHAS (*todas transfiguradas*): ¡No hagas eso, Abby!

DANFORTH (*horrorizado*): ¡Mary Warren! ¡Haz que tu espíritu las deje!

MARY: ¡Señor Danforth!

MUCHACHAS (*interrumpiéndola*): ¡Señor Danforth!

DANFORTH: ¿Has pactado con el Diablo?

MARY: ¡Nunca, nunca!

MUCHACHAS: ¡Nunca, nunca!

HATHORNE (*poniéndose histérico*): ¿Por qué sólo pueden repetir lo que tú dices?

PROCTOR: ¡Deme un látigo y verá qué pronto lo paro!

MARY: ¡Están jugando!

MUCHACHAS: ¡Están jugando!

MARY: ¡Basta ya!

MUCHACHAS: ¡Basta ya!

Mary completamente confusa comienza a sollozar y todas las muchachas lloran como ella

DANFORTH: ¿De dónde sacas ese poder?

MARY (*mirando a Abigail*) Yo no tengo ningún poder.

MUCHACHAS: Yo no tengo ningún poder.

PROCTOR: Mary, mantente fuerte.

ABIGAIL (*señalando hacia arriba*): ¡Las alas! ¡Sus alas se abren! ¡Mary, por favor!

HALE: ¡Vuestra Excelencia, yo no veo nada!

ABIGAIL: ¡Va a descender! ¡Camina por la viga!

DANFORTH: ¿Has pacto con el diablo? ¡Confiesa o irás a la horca!

MARY ¡No puedo!

MUCHACHAS: ¡No puedo!

PARRIS: ¡Aparta al Diablo! ¡Míralo a la cara! ¡Te salvaremos!

ABIGAIL : ¡Cuidado! ¡Se lanza contra nosotras!

(Ella y todas las muchachas corren hacia una pared tapándose los ojos. Y ahora, como arrinconadas, dejan escapar un gigantesco griterío y Mary, como infectada abre la boca y grita con ellas.)

PROCTOR: Mary, dile al Gobernador lo que ellas...

MARY: ¡No me toque! (*señalando a Proctor*): ¡Tú eres el enviado del Diablo! ¡Amo a Dios!

DANFORTH (*A Mary*): ¿Él te mandó cumplir la obra del Diablo?

MARY: ¡"Te mataré", dijo, "si mi mujer es ahorcada". (*Se vuelve*), Abby, nunca más te dañaré. (*Abigail, con infinita generosidad atrae hacia sí a la sollozante Mary y luego mira a Proctor*)

DANFORTH (*a Proctor*): ¿Quién es usted? (*Proctor en su furia está mudo.*) Está asociado con el anticristo, ¿verdad? He visto su poder; ¡no se atreva a negarlo!

HALE: ¡Excelencia, yo denuncio este proceso y abandono este tribunal!

DANFORTH: No quiero nada de usted, señor Hale. (*A Proctor.*) Confiese. ¿Qué tiene que decir?

PROCTOR (*ríe como un demente*): ¡Digo que oigo los pasos de Lucifer, veo su asquerosa cara y es mi cara, la tuya, Danforth! Digo que ardan quienes temen sacar a los hombres de su ignorancia. ¡Digo que Dios ha muerto!

13

Noche. La fría cárcel de Salem. Tintinean las llaves. Entra el alguacil Herrick borracho.

HERRICK: ¡Sarah Good, levántate!

SARAH: (*atusándose sus harapos*): ¡Ya voy, ya voy! ¡Títuba, Su Majestad ya ha llegado!

HERRICK: (*cuelga su farol y saca una botella*): pasad a la celda norte; ésta hay que dejarla libre.

TÍTUBA: Sara, no parece ser Su Majestad, más bien parece el alguacil.

SARA: ¿Eres entonces el alguacil? Creía que era el Diablo que venía por nosotras. ¿Puedo beber un trago de sidra como despedida?

HERRICK (*entregándole la botella*): ¿Y puede saberse adónde te va a llevar el diablo, Sara?

TÍTUBA: Nos vamos a Barbados, tan pronto como se presente el diablo con sus alas.

HERRICK: ¿Ah sí? Pues os deseo un feliz viaje.

SARAH: ¡Un par de viejas volando hacia el sur, transformadas en pájaros! (*Levanta la botella*)

HERRICK (*quitándosela*): Será mejor que me des eso o no podrás levantar el vuelo. Venid conmigo.

TÍTUBA: Puedo hablarle de usted al diablo, alguacil, si quiere venir con nosotras.

HERRICK: No diría yo que no, Títuba: es la mañana perfecta para volar al Infierno.

TÍTUBA: No vamos al infierno sino a Barbados. Allí el demonio es una persona muy amable, que canta y baila. Ustedes, los habitantes de Salem, son los que le irritan. Por esta zona hace demasiado frío para él.

SARAH: (*suenan el mugido de una vaca*) ¡Títuba: ya ha llegado! ¡Aquí estamos, Majestad!

HERRICK: ¡Despejad la celda! ¡No es Satanás! ¡Sólo una pobre vaca con las ubres a punto de reventar!

TÍTUBA Y SARAH: ¡Llévanos a casa, demonio, no queremos seguir en Salem, llévanos a Barbados!

(*Salen. Herrick amontona bien la paja y ordena la celda. Entran Cheever, Danforth y Hathorne*)

HERRICK: Buenos días, Excelencia.

DANFORTH: ¿Dónde está el señor Parris?

HERRICK: Está con el reverendo Hale. (*Hathorne y Danforth se miran.*) Voy a buscarlo.

DANFORTH: ¿Está borracho, Alguacil?

HERRICK: No, excelencia. (*Pausa*) Sí, excelencia. (*Pausa*) Había que calentarse de algún modo.

DANFORTH: Hay un hedor insoportable en esta celda,

HERRICK: Acabo de sacar a la negra y a la pordiosera de aquí.

DANFORTH: Es su aliento lo que huele mal.

HERRICK: No, señor. (*se huele el aliento con la mano*). Sí, señor. (*Coge la botella y sale*)

HATHORNE: Excelencia, me pregunto si es sensato dejar durante tanto tiempo al señor Parris con los prisioneros. Últimamente se percibe la locura en sus ojos. Le di ayer los buenos días y pasó de largo llorando.

CHEEVER Creo que son las vacas, señor.

DANFORTH: ¿Las vacas?

CHEEVER: Ahora que sus dueños están en la cárcel, hay muchísimas vacas vagando por los caminos y la gente pelea por ver quién se queda con ellas. El señor Parris estuvo discutiendo con varios granjeros.

PARRIS: Muchas gracias, por venir, excelencia. Disculpen si les he levantado demasiado pronto.

DANFORTH: ¿Por qué permite usted que el reverendo Hale esté con los prisioneros?

PARRIS (*suplicante*). Escúcheme, el reverendo Hale ha logrado que Rebeca Nurse vuelva a Dios.

DANFORTH (*sorprendido*): ¿Hale le ha pedido a la señora Nurse que confiese?

PARRIS: La está convenciendo. Y a Martha Corey, y a dos o tres más. Van a confesar sus delitos. Pero yo le he llamado por otra cosa. Hay novedades... Mi sobrina... ha desaparecido.

DANFORTH: ¿Cuándo desapareció?

PARRIS: Hace tres noches dijo que se iba a dormir a casa de Mercy Lewis. Cuando vi que no venía y mandé recado al señor Lewis, Mercy le había dicho que esa noche venía a dormir a mi casa. Han desaparecido las dos. (*llorando*) Antes forzó mi caja de caudales robándome cien libras. Todo mi dinero.

DANFORTH: ¿Dónde pueden estar?

PARRIS: Excelencia, dicen que las han visto a bordo de un barco.

DANFORTH: ¡Señor Parris, es usted imbécil!

PARRIS: Excelencia, Abigail sabe que el pueblo planea expulsar al tribunal como en Andover. Que no quieren saber nada de brujería. En cualquier momento pueden llegar aquí los disturbios.

HATHORNE: ¿Disturbios? Pero si en este pueblo se goza literalmente con cada ejecución...

PARRIS: Juez Hathorne, los que han ahorcado hasta ahora no eran más que escoria. Pero ahora estamos hablando de John Proctor, de Rebeca Nurse. Yo aplazaría esas ejecuciones por algún tiempo. Si el señor Hale consigue que uno de ellos confiese, será un ejemplo para el resto del pueblo. Pero si mueren sin confesarse y declarándose inocentes, los convertirán en santos.

DANFORTH Deme esa lista (*estudiando la lista*). No habrá aplazamiento.

PARRIS: Excelencia...

DANFORTH: ¿Cuál de éstos podría confesar? Yo mismo haré que confiese. Tengo hasta el amanecer.

PARRIS: De aquí al amanecer no hay tiempo suficiente.

DANFORTH: Haré todo lo que esté en mi mano.

PARRIS: Señor, a ver cómo se lo digo. ¡Anoche, alguien dejó clavado un puñal en mi puerta!

DANFORTH: Reverendo Hale, quiero agradecerle que haya recapacitado y vuelto a trabajar para Dios.

HALE: Ha de concederles el indulto, excelencia. No confesarán.

DANFORTH: No puedo perdonar a éstos cuando ya se ha ahorcado a doce personas.

PARRIS (*desanimado*): ¿Rebecca no quiere confesar?

HALE: El sol saldrá dentro de pocos minutos. Necesito más tiempo.

DANFORTH: Escúchenme bien: no habrá aplazamiento. Aquellos que no confiesen serán ahorcados. El pueblo espera y desea verlos morir esta mañana. ¿Ha hablado con todos ellos, señor Hale?

(*Poco a poco la plaza (patio de butacas) se va llenando de gente*)

HALE: Con todos, menos con Proctor. Está aislado en la mazmorra. No habla. No come. No escucha.

HATHORNE: ¿Sería posible ablandarlo delante de su mujer, ahora que el embarazo está bastante avanzado?

PARRIS: Es posible. No la ha visto en cuatro meses.

DANFORTH (*a Herrick*): Traedlos.

HALE: Vicegobernador, hay huérfanos que vagan de casa en casa. El ganado abandonado muge por los caminos. El hedor de las cosechas podridas llega a todas partes. Nadie sabe cuándo el grito de unas crías pondrá fin a sus días. Estamos a esto de que el pueblo explote, reviente, y queme su tribunal.

DANFORTH: ¿Por qué ha vuelto?

HALE: Pues es bien simple. Vengo a cumplir la obra del Diablo. He venido a aconsejar a unos cristianos que se contradigan. (*rompe el sarcasmo*). La sangre pesa sobre mi cabeza. ¿No lo ve?

(*Herrick entra con Elizabeth. Sus muñecas están sujetas por una pesada cadena que Herrick le quita.*)

DANFORTH (*muy cortésmente*): Señora Proctor. Espero que esté bien de salud.

ELIZABETH (*como advirtiéndole un olvido*): Todavía me quedan tres meses.

DANFORTH: Tranquila, no estamos hablando de su vida, ni de la de su bebé. ¿Señor Hale?

HALE: Señora Proctor, su marido está condenado a morir hoy en la horca.

ELIZABETH (*con calma*): Lo había oído.

HALE: Sabe que ya no estoy vinculado a este tribunal. Actúo por mi cuenta. Sé que son inocentes, pero la vida es el don más precioso que nos dio Dios y ningún principio, por noble que sea, debería justificar la muerte. Le suplico, Elizabeth, que influya sobre su esposo para que confiese. Dígale que mienta, que Dios no le va a castigar allí arriba porque con su mentira va a salvar tres vidas: las suyas y la de su hijo.

ELIZABETH (*con calma*): Razona usted como el mismo diablo.

DANFORTH (*yendo hacia ella*): Elizabeth Proctor. ¿Es que no quieres a tu marido? Porque morirá al amanecer. ¿Lo comprendes? ¿Tratarás de convencerlo? (*Ella calla.*) ¿Eres de piedra? Llévensela.

ELIZABETH (*con calma*): Déjeme hablar con él, Excelencia, pero no prometo nada.

(*Entra Herrick con John Proctor.*)

HALE: Dejémoslos solos, Excelencia.

PARRIS: Si desea un vaso de sidra, señor Proctor, estoy seguro..(*Proctor no mira*) Que Dios ³⁵le guíe.

(Solos. Proctor va hacia ella. Se arrodilla delante de su vientre, y lo observa, encadenado.)

PROCTOR: ¿Qué tal el niño?

ELIZABETH: Creciendo.

PROCTOR: ¿Y los chicos?

ELIZABETH: Están bien. Cuida de ellos Samuel, el de Rebecca.

PROCTOR: ¿No los has visto?

ELIZABETH: No.

PROCTOR: Estás estupenda, Elizabeth.

ELIZABETH: ¿Te han torturado?

PROCTOR: Sí. Ahora vienen a por mi vida.

ELIZABETH: Lo sé.

PROCTOR: ¿Nadie ha confesado todavía?

ELIZABETH: Han confesado muchos.

PROCTOR: ¿Quiénes son?

ELIZABETH: Cien o más. La señora Ballard, Isaías Goodkind...

PROCTOR: ¿Rebecca?

ELIZABETH: Rebecca, no. Ya tiene un pie en el cielo y nada puede hacerle daño.

PROCTOR: ¿Y Giles?

ELIZABETH: Giles está muerto.

PROCTOR: ¿Cuándo lo ahorcaron?

ELIZABETH No fue ahorcado. Insistió en no contestar porque si negaba la acusación lo iban a ahorcar y a quitar sus propiedades. De manera que permaneció mudo para que sus hijos heredaran la granja.

PROCTOR: Entonces, ¿cómo murió?

ELIZABETH (*suavemente*): Lo aplastaron, John. (*foco sobre Giles*) Le fueron poniendo piedras sobre el pecho hasta que dijera sí o no. Dicen que sólo les concedió dos palabras. "Más peso", dijo. Y murió.

PROCTOR He estado pensando en confesar. ¿Qué te parece?

ELIZABETH: Te quiero con vida. Ésa es la verdad.

PROCTOR: ¿Confesó la mujer de Giles?

ELIZABETH: Ella no confesará.

PROCTOR: Es una mentira, Elizabeth. No puedo subir al patíbulo como un santo. Con esa mentira no estropearé nada que no estuviera podrido hace ya mucho tiempo.

ELIZABETH: Y sin embargo, no has confesado hasta ahora. Eso indica una virtud en ti.

PROCTOR: Sólo el rencor me hace callar. Es duro dar a esos perros la satisfacción de una mentira. Necesito tu perdón, Elizabeth.

ELIZABETH: No me corresponde a mí, John. De nada servirá que yo te perdone si no te perdonas tú mismo. No es mi alma, John, es la tuya. Por mi parte, he hecho examen de conciencia y me acuso de haber sido una esposa tan fría que te he arrojado al adulterio. Me consideraba tan fea, tan mal hecha,

que creía imposible que alguien me quisiera de verdad. Cuando yo te besaba era la sospecha quien te besaba; nunca supe cómo manifestar mi amor.

HATHORNE: (*interrumpe*) Señor Proctor, pronto saldrá el sol.

ELIZABETH: Haz lo que quieras, pero que nadie sea tu juez. Perdóname, John.

(*Proctor se aparta de ella hacia Hathorne*)

PROCTOR: Quiero vivir.

HATHORNE: ¡Alabado sea Dios! (*Sale corriendo*) ¡Proctor va a confesar!

PROCTOR: (*molesto*): ¿Por qué lo grita de esa manera? Es un gran pecado, ¿no es cierto?

DANFORTH: ¡Dios sea loado, Proctor! Se le bendicirá por esto en el cielo. ¿Señor Cheever?

(*Cheever se sienta en el banco con pluma, tinta y papel*)

PROCTOR: ¿Por qué hay que poner por escrito mi confesión?

DANFORTH: Como ejemplo para el pueblo. La colocaremos en la puerta de la iglesia. Señor Cheever, empecemos. (*Pausa*). Señor Proctor: ¿habéis visto alguna vez al diablo? Vamos, que amanece. Todo Salem espera junto al patíbulo, yo mismo les daré la noticia. ¿Vio usted al demonio?

PROCTOR: Lo vi.

PARRIS: ¡Alabado sea Dios! (*se avergüenza de la reacción*). Perdón.

DANFORTH: ¿Ha trabajado para el demonio? (*Entran Rebecca Nurse y Martha Corey con Herrick*) ¡Pasen, mujeres! Permítalas que sean testigos de su buen ejemplo para que ellas también se animen a confesar. Prosigamos. John Proctor: ¿trabajó usted para el demonio?

REBECCA (*sorprendida*): ¿Cómo es posible, John?

PROCTOR (*entre dientes, evitando mirar a Rebecca*): Eso hice.

MARTHA: Que Dios se apiade de ti.

HATHORNE: Señor Proctor. Cuando el Diablo le fue a ver, ¿vio con él a Rebecca Nurse?

PROCTOR (*mira a Rebeca*): No.

DANFORTH (*impaciente*): ¿Ha visto alguna vez a Martha Corey con el Diablo?

PROCTOR: (*mira a Martha*) No.

HATHORNE (*depositando lentamente la hoja*): ¿Ha visto alguna vez a alguien con el Diablo?

PROCTOR: No.

DANFORTH: Proctor, la señora Nurse está acusada de asesinar, por medios no naturales, a siete recién nacidas, a usted de enviar su espíritu contra Mary Warren, y a Martha de.....leer. Se trata de sus almas.

PROCTOR: Me hago cargo de mis propios pecados. No juzgo los de otras personas.

HALE (*rápidamente, a Danforth*): Excelencia, basta con que confiese sus propias culpas. Que firme ya.

PARRIS (*febril*): ¡Sí! ¡Con eso bastará! Su firma impresionará al pueblo. Está amaneciendo ya...

DANFORTH (*medita*) Firme su declaración. (*Cheever va hasta Proctor con la confesión y una pluma*).

PROCTOR (*aparta la pluma*) Todos ustedes han presenciado mi declaración. Con eso basta.

DANFORTH: ¿Se burla de mí? O firma o no hay confesión.

(Hale, Hathorne, Parris, Herrick, Cheever, Rebecca, Martha, Elizabeth miran a Proctor, que firma.)

PARRIS: ¡Alabado sea Dios! *(Todos le miran por su exagerada reacción)* Esta vez sí, ¿no?

(Danforth extiende la mano para coger el papel pero Proctor se anticipa y no se lo da)

DANFORTH *(perplejo)*: Señor Proctor, entrégueme ese papel.

PROCTOR: No. Lo he firmado. Lo han visto todos. No necesitan más.

PARRIS: Proctor, el pueblo debe tener pruebas de...

PROCTOR: ¡Al Diablo con el pueblo! ¡Yo confieso ante Dios! ¿Acaso el arrepentimiento para ser bueno tiene que ser público? ¡Dios no necesita mi nombre clavado en la puerta de la iglesia! No utilizarán mi salvación. Tengo tres hijos... ¿Cómo voy a enseñarles a caminar por el mundo con la cabeza bien alta después de vender a mis amigos?

HATHORNE: No ha vendido a sus amigos...

PROCTOR: ¡No me engañe! ¡Los habré denigrado a todos cuando esto se clave en la puerta de la iglesia el mismo día en el que son ahorcados por su silencio!

DANFORTH: Usted pretende negar esta confesión cuando esté libre.

PROCTOR: ¡No pretendo negar nada!

DANFORTH: Entonces explíqueme, por qué no permite usted...

PROCTOR *(con un grito desde el fondo de su alma, rompe el papel)*: ¡Porque es mi nombre! ¡Porque no tendré otro mientras viva! ¡Porque he mentido y firmado mentiras con mi nombre! ¡Porque no merezco besar el polvo que pisan los pies de los que van a ser ahorcados. ¿Cómo voy a vivir sin mi nombre? ¡Le he entregado mi alma, déjeme al menos mi nombre!

DANFORTH: Alguacil.

PARRIS *(persiguiendo los trozos del papel histérico)*: ¡Proctor! ¿Qué has hecho?

Todo el pueblo empieza a congregarse alrededor del patíbulo, incluidas las muchachas acusadoras.

HALE: ¡Le ahorcarán! ¡No puede hacer eso!

PROCTOR: Sí puedo. Y ése es su primer prodigio, reverendo, que sí puedo. Ha conseguido que por primera vez vea una pizca de decencia en mí mismo. Elizabeth, no les regales ni una lágrima, las lágrimas les agradan, muéstrales un corazón de piedra y húndelos con él. *(La besa fervorosamente)*

REBECCA: ¡No estéis pesarosos! ¡A todos nos espera un juicio muy distinto!

DANFORTH: ¡Ahorcadlos bien alto! Quien lllore por ellos, llora por la corrupción.

(Herrick prepara tres horcas. Para Martha, para Rebeca y para Proctor.)

PARRIS ¡Corre a él, Elisabeth Proctor! ¡Aún hay tiempo!

HALE: ¡Mujer, suplíquele! ¿De qué le sirve a él derramar su sangre?

ELISABETH: Ahora tiene la paz que buscaba. No quiera Dios que yo se la quite.

(Hale llora una oración frenética, el sol naciente se derrama en la cara de Elizabeth, quien contempla cómo Herrick anuda la soga al cuello de los tres acusados. El pueblo, mudo, expectante. Herrick mira a Danforth, Danforth mira a Elizabeth, quien asiente. La luz va decreciendo hasta que sólo se ven las siluetas de los acusados. Miran desafiantes al vacío. Oscuro. Luz. Tres cuerpos se balancean colgados.)

FIN

ECOS DEL MENTIDERO

No mucho después de que pasara la fiebre de las acusaciones, Parris, depuesto por votación, echó a andar carretera adelante y nunca más volvió a saberse de él.

Cuenta la leyenda que, al cabo de un tiempo, Abigail reapareció en Boston, convertida en prostituta.

Elizabeth Proctor volvió a casarse, cuatro años después de la muerte de su marido.

En marzo de 1712 la comunidad de Salem redactó una declaración escrita en la que pedía perdón a todas las víctimas de la caza de brujas.

Algunas granjas propiedad de las víctimas quedaron abandonadas, y durante más de un siglo nadie las compró ni vivió en ellas.

En la práctica, quedó destruido el poder teocrático en Massachusetts.